

LA IZQUIERDA EN URUGUAY Y BRASIL:
cultura política y desarrollo político-partidario

Constanza Moreira
Departamento de Ciencia Política, Universidad de la República
Uruguay
Lasa, setiembre 1998
email: constanz@cpolit.edu.uy

Introducción

Brasil y Uruguay se encuentran hoy en una encrucijada histórica específica: la posibilidad de iniciar el próximo siglo bajo el signo de gobiernos de izquierda. Por más que estas probabilidades sean aún insuficientes para asegurar una victoria decisiva a nivel nacional, los procesos de crecimiento y consolidación de partidos de izquierda resultan fuertemente significativos en un continente signado por una única y trágica experiencia de ascenso democrático de un partido de izquierda al poder: la experiencia chilena del período de Allende.

Estas izquierdas evidencian vínculos contradictorios con sus legados del pasado, y muestran una configuración específica que debe ser analizada. Parafraseando a Huntington, podríamos hablar de tres grandes “olas de izquierda”, que tuvieron lugar en la América Latina del siglo XX. Un primer momento vería el ascenso del comunismo y anarquismo que hicieron al primer sindicalismo de los años 20s. Una segunda “ola” sería la que surge en el contexto de la guerra fría, con las características de tercerismo, movilización y lucha armada, que caracterizó a alguna de sus más importantes vertientes latinoamericanas. La “tercera ola” de la izquierda postdictadura en América Latina, tiene algunas características distintivas: nace y se consolida en la post-guerra fría en contraposición al empuje neoliberal del “Consenso de Washington”: es estatista, movimientista, keynesiana, socialdemócrata, esencialmente política y tiene -como siempre- una amplia capacidad de convocatoria entre los movimientos sociales.

Brasil y Uruguay representan dos casos relativamente opuestos en términos de la consolidación e institucionalización de un sistema político democrático: Uruguay es una de las democracias más viejas del continente y Brasil una de las más recientes, el sistema de partidos uruguayo aparece en la literatura (Scully & Mainwaring, 1995) como uno de los más consolidados y el sistema de partidos brasilero como el de menor institucionalización relativa. Pero tanto en Brasil como en Uruguay, la izquierda aparece como el partido de mas fuerte estructuración relativa, al menos si medido por su disciplina parlamentaria (Scully & Mainwaring, 1995; Buquet, Chasquetti & Moraes, 1998) y por la fuerza de las autoidentificaciones partidarias de sus votantes (Serna, 1998). En ambos casos también, estos partidos reservan una fuerte y casi exclusiva capacidad de convocatoria a movimientos sociales de la más diversa índole. Finalmente, la izquierda ha disputado las pasadas elecciones presidenciales (y todo hace prever que lo mismo sucederá en las próximas) en pie de igualdad con los mayores partidos de ambos países.

El objetivo de esta ponencia es comparar las trayectorias políticas, institucionales y electorales de los partidos de izquierda en Uruguay y Brasil, subrayando diferencias y similitudes en términos de: a) su legado histórico y su cultura política actual, b) sus vínculos con los movimientos sociales y con el resto del sistema político. El efecto combinado de las trayectorias políticas de los partidos de izquierda, las transformaciones del sistema político producidas como consecuencia de las rupturas institucionales de las década del 60 y 70 , y los actuales procesos de reforma del Estado y liberalización económica, contribuirán a explicar el “éxito” de las propuestas de izquierda en los 90s en ambos países.

1. Democracia y desarrollo en Uruguay y Brasil: una comparación entre dos patrones e desarrollo institucional

Brasil y Uruguay se diferencian en términos de desempeño político, de una manera notoria, a lo largo del siglo. Brasil tuvo un régimen competitivo entre élites¹ hasta 1930, un régimen autoritario de tipo corporativo hasta 1945, una democracia restringida entre 1945 y 1964, un régimen militar entre 1964 y 1985, y una democracia restringida entre 1985 y 1990. Uruguay en cambio, no consolidó una situación de competencia política hasta 1903, fue una democracia restringida desde entonces hasta 1919, y a partir de allí se puede considerar una democracia plena, interrumpida por dos períodos autoritarios (1933-1942/1973-1984). En lo que hace a nuestro argumento, dos consecuencias derivadas de la continuidad/discontinuidad democrática en ambos países, serán decisivas para el desarrollo de las izquierdas políticas: el ritmo del proceso de inclusión política y la capacidad de organización autónoma del sindicalismo.

Uruguay y Brasil se diferencian fuertemente **en el proceso de incorporación política**. El proceso de extensión de la participación política fue incompleto en Brasil, o por lo menos, muy poco "inclusivo" hasta el primer período democrático (1945-1964), interrumpido después, y sólo completado en los 90's. La primera república no logró extender la participación política: antes de 1930, el porcentaje de votantes en relación a la población total no superaba al 4%. En 1945, con la apertura del primer período democrático en la historia de Brasil, sólo un 15% de la población se integra al proceso electoral (Schwartzman, 1982). En Uruguay, a la retórica liberal del siglo XIX le sigue un "ensanchamiento" de la participación política, bastante atípico en América Latina, en los primeros años del siglo XX. La participación electoral efectiva asciende del 4.3% en 1908 a 15% en 1919, cuando se universaliza el voto masculino. Aunque el voto no fue obligatorio hasta 1971, la participación electoral en general supera, durante la primera mitad del siglo, el 60% del padrón electoral. A la misma fecha que Brasil, en 1946, el padrón electoral en Uruguay incorpora el 47.6% de la población (Errandonea, 1994).

En cuanto al proceso de "contestation", tanto Uruguay como Brasil, distan de instaurar reglas de competencia política abiertas, hasta muy entrado el siglo. Las elecciones en Brasil, durante la primera República, no eran en general competitivas, con el resultado de que, en 1945, con la instauración democrática, Brasil enfrentó simultáneamente la competencia partidaria y la participación electoral. Uruguay, a pesar de que consiguió integrar a través de la cobertura partidaria a casi todos los sectores del país, tuvo una competencia partidaria bastante restringida hasta avanzado el siglo, constituyéndose en lo que algunos llaman un sistema de "partido dominante" (el Partido Colorado venció todas las elecciones hasta 1958). En términos de Dahl podría decirse, que mientras que Uruguay transitó su solución democrática en términos de la "secuencia virtuosa": institucionalización de la competencia política y ensanchamiento de la participación, Brasil "abrió" simultáneamente ambos espacios en 1945, con el consiguiente resultado de 1964 (Dos Santos, 1988).

¹ Existen diferentes clasificaciones, dependiendo del criterio que se elija. En este caso me remito, ya que a lo largo de la exposición haré uso de, al esquema analítico de Dietrich Rueschemeyer, E.H. Stephens & John D. Stephens (1992).

Los partidos cumplieron roles muy diferentes en Uruguay y en Brasil, en cuanto a su capacidad de **articulación política de los intereses** (tanto de los intereses “desde abajo” como de los intereses “desde arriba”, usando la expresión de Rueschemayer, Stephens & Stephens, (1992). El rol de la articulación política lo desempeñará el Estado en Brasil (Schwartzman usará la expresión "neopatrimonialismo" para describir la forma en que las clases dominantes tuvieron y tienen en Brasil influencia directa sobre los poderes del Estado), lo que se ve reforzado por el hecho de que el período conocido como “Estado Novo” (1930-45) impide la acumulación política que hubiera posibilitado la transformación de los partidos oligárquicos en “partidos de masa”. En Uruguay, en cambio, los partidos políticos tuvieron continuidad desde el siglo XIX, el fin de las guerras civiles entre ellos a principios del siglo XX posibilitará la construcción de un Estado democrático que los tendrá como principales administradores, y continuarán protagonizando la gestión gubernamental del mismo bajo diversas formas de coparticipación², a lo largo de todo el siglo XX.

Esto tendrá impactos decisivos sobre la capacidad de **configuración corporativa** que tienen las élites en uno y otro país, con consecuencias para la organización autónoma del movimiento sindical. Brasil puede ser caracterizado como un sistema de intermediación de intereses fuertemente “corporativo” desde 1930 hasta 1988, mientras que Uruguay puede ser caracterizado como un sistema pluralista de relación entre intereses y Estado. Dos son las características que hacen al predominio de un padrón “corporativo” o “pluralista” de organización de intereses; a) la autonomía de organización del movimiento sindical; b) la capacidad de intermediación de los partidos entre sociedad civil y estado. En ambos aspectos el Uruguay gozó de las posibilidades de implantación de un estilo “pluralista” de relación entre sociedad civil y Estado, con mediación de los partidos políticos. Por el contrario, el sindicalismo en Brasil fue debilitado por esa "usurpación de su representación" desde el Estado. A ello colaboró la composición de su fuerza de trabajo: masas rurales arribadas a las ciudades como consecuencia de un proceso de urbanización más rápido que el de industrialización, sin experiencia de vida asociativa, poco calificadas, aisladas de las clases medias y campesinas y marcadas por una alta heterogeneidad regional (Rodrigues, 1966; Esping Andersen, 1985). A diferencia de Brasil, Uruguay constituyó un sindicalismo urbano nacido de la industria incipiente, concentrado en la capital del país, que venía de las experiencias asociativas de la migración italiana y española y que encontró en su alianza con las clases medias, un recurso organizativo importante. Ambos países se diferencian también por el valor de su mano de obra, en contexto de necesidad y escasez (Uruguay) o superabundancia (Brasil o “esa sociedad en que la fuerza de trabajo no es nada, ni siquiera llega a ser mercancía...” Sader, 1990:16), y por la mayor o menor necesidad de “encontrar” o “disciplinar” a su mano de obra, fruto de un modelo de acumulación intensivo o no en ella. En estas condiciones, la explicación de autores como Collier & Collier (1991), sobre el desarrollo del padrón corporativo, a partir de un dilema de acción colectiva, cobra sentido: el Estado resuelve los problemas de acción colectiva de los sindicatos en la

² . Distintas fórmulas políticas fueron utilizadas, a lo largo de la historia política del siglo XX, para asegurar ese compromiso entre partidos, de las cuales el Colegiado (una suerte de gobierno de "dos cabezas", donde las funciones ejecutivas suponían la coparticipación de los dos grandes partidos y que fue implantado y eliminado sucesivas veces hasta que la reforma constitucional de 1967, lograra eliminarlo definitivamente) es la más conocida. Este sistema manifestó una flexibilidad y duración enormes y los distintos regímenes que se sucedieron nunca lograron eliminarlo por completo. La coparticipación de los dos grandes partidos, es la clave de ese "adelanto" de democracia irrestricta en la región, en las primeras décadas del siglo.

medida en que proporciona los incentivos necesarios para la membresía compulsoria, resuelve sus problemas financieros, y les otorga el monopolio de la representación. La relación costos/beneficios de la cooperación con el Estado

parece haber sido muy diferente en ambos países, como consecuencia de la estructura del mercado de trabajo.

Uruguay y Brasil reaccionan frente a la crisis de 1929 y los nuevos desafíos que les impone una reinserción internacional, de un modo similar. Los impactos de la crisis son modernizadores y autoritarios en ambos países: el Brasil del Estado Novo (1930-45) implica empero una modernización más radical que la que la dictadura de Terra (1933-42) pudo imprimirle a un Uruguay ya moderno. Ambos países, durante la primera década de los cuarenta transitaron hacia un período democrático financiado por un **modelo de industrialización sustitutiva de importaciones**, característico del "desarrollismo" impulsado desde organismos como CEPAL³.

Las bases políticas (y el repertorio cultural) de esta "primera modernización", nos remiten al fenómeno de la "democracia populista", tan cara a la tradición latinoamericana, como diferente al de la democracia "representativa" (Rueschemayer, Stephens & Stephens, 1992; Mainwaring & Scully, 1994; Cardoso, 1972; Lafer, 1975). Brasil y Uruguay representarían una y otra, respectivamente. Ulteriormente esto tendrá impactos sobre la noción de "democracia delegativa" que O'Donnell (1992) empleará para describir algunas democracias latinoamericanas (y especialmente la brasilera), medio siglo después. En tal contexto, Uruguay (junto con Chile y con salvedades Costa Rica) parece haber sido la gran excepción en el concierto latinoamericano.

El populismo brasilero fue por consiguiente, una combinación de orden liberal en el plano político y de orden corporativo en el plano económico. Esto generará dislocamientos entre ambos planos, el económico y el político, con consecuencias negativas para la institucionalización del sistema de partidos. Dos Santos, en *Genese e Apocalipse* (1988) señalará, entre otras, el divorcio entre el proceso político-partidario y la dinámica de competencia entre empresariado y clases trabajadoras.

Sin embargo, democracia populista y democracia representativa, , representaron el mismo desafío, aunque en Uruguay el golpe de Estado pueda ser pensado como "crisis de la democracia", y en Brasil, como resultado de la democratización del sistema. En el caso brasilero, un sistema partidario que estaba en vías de institucionalización entre 1946 y 1964, al ser interrumpido por el golpe militar, se manifiesta incapaz para sobrevivir al mismo (Lavareda, 1991). Ello contrasta con la recuperación de los partidos, luego de los regímenes autoritarios de Argentina, Chile y Uruguay. Sin embargo, Uruguay y Brasil padecieron del mismo escenario pre-golpe: alto grado de polarización y realineamiento partidario. En esta perspectiva debe atribuirse al aumento de la representatividad de los partidos en el Estado, la crisis de las instituciones de la democracia liberal y no viceversa. En Uruguay, este realineamiento partidario se expresaba en el vertiginoso crecimiento de la izquierda, aliada a un sector sindical muy organizado, siendo ambos altamente desafiantes del status quo, en un contexto de fuerte polarización ideológica. En Brasil este realineamiento partidario, significaba una amenaza al status quo, dado el

³ Los estudios sobre América Latina (Rueschemayer, Stephens & Stephens, 1992) identifican dos padrones de "industrialización sustitutiva". Uno más temprano se genera con el estímulo de la gran depresión y de la guerra, y Uruguay y Brasil lo comparten con Argentina, Chile y Mexico. El siguiente es más entre los 50's y los 60's: Colombia, Peru y Bolivia.

crecimiento de la fracción “progresita” (el Partido Trabalhista Brasileiro) y el decrecimiento de las fracciones a la “derecha” (UDN y el PSD). Pero si el golpe de Estado se da como consecuencia, entre otras cosas, de un realineamiento de los partidos en dirección de una política “ideológica”, la dictadura no lo puede evitar, al menos en el largo plazo. Cuando los partidos emergen, en Uruguay, no emergen como "eran tradicionalmente" sino como eran inmediatamente antes del golpe: el golpe no los pudo borrar. Cuando el sistema se recompone en Brasil, existe ya un nuevo actor sindical, y ese nuevo actor que el varguismo ayudó a crear: el partido de los trabajadores.

Las distintas trayectorias institucionales de Brasil y Uruguay desembocaron en procesos también diferentes de **transición hacia la democracia**. Usando dos términos corrientes en la literatura de ambos países, pueden ilustrarse estas diferencias como el "declinio del orden regulado" (Brasil) y la "democracia restaurada" (Uruguay). En efecto, la transición a la democracia en Brasil enfrenta el tema de la "construcción" del orden político, mientras que en Uruguay difícilmente pueda hablarse en estos términos.

Las características "típicas" de la transición brasilera, al menos como expresadas más o menos consensualmente en los estudios sobre el tema, son básicamente tres: extensión del proceso en el tiempo, mantención de mecanismos electorales y altísima renovación de los actores políticos. Estas características lo separan notoriamente de Uruguay que conoce un proceso de apertura de aproximadamente 4 años (1980-1984), donde la dictadura se caracterizó por la "suspensión" de toda actividad político-partidaria y la tasa de renovación de las dirigencias partidarias, fue la más baja de los países que procesaron transiciones en el continente (Gillespie, 1991).

Las interpretaciones sobre la apertura en Uruguay distan al menos en cuatro aspectos considerables de las que se esgrimen para el caso brasilero: a) la apertura en Uruguay no obedece a las "presiones de una sociedad modernizada", puesto que la sociedad y la economía uruguaya experimentaron un considerable estancamiento en el período; b) por consiguiente, los militares, no encontraron capacidad de legitimarse "vía desempeño", lo que parece haber sido bastante diferente al caso brasilero, al menos en algunas etapas "exitosas" del modelo; c) los nuevos movimientos asociativos que parecen haber sido cruciales en la emergencia democrática brasilera, en Uruguay no consiguieron desplazar la importancia de los actores claves del período democrático anterior: partidos políticos y sindicalismo; d) los partidos políticos en Uruguay fueron "suspendidos" y el régimen no elaboró ninguna propuesta que los desafiara, a diferencia del caso brasilero, donde algunos partidos fueron "usurpados" desde arriba y el espectro político-partidario que emerge de la transición es radicalmente distinto al previo al golpe de Estado. Esto implicó, en el caso uruguayo, que la configuración político-partidaria previa al golpe de Estado, con el surgimiento de la izquierda como tercer actor, se consolidara en el primer período posterior a la transición democrática, arrastrando un bipartidismo de más de un siglo, hacia un esquema tripartito donde la izquierda levanta la tercera parte de los votos del país (la mitad de los votos capitalinos, y la mayoría de los nuevos votantes de la “tercera ola democrática”).

Algunas similitudes son destacables en **el contexto postransicional de los 90s** en ambos países. En primer lugar, Brasil y Uruguay parecen ser los dos únicos países de América Latina que exhiben un sindicalismo relativamente autónomo, activo, y con vínculos más o menos orgánicos con los

partidos de izquierda. En ambos países, los partidos de izquierda parecen haber afianzado sus bases electorales, llegando a disputar las elecciones nacionales en pie de igualdad con sus oponentes. En segundo lugar, ambos países experimentan el mismo "legado" del orden dictatorial: la implantación de modelos "liberalizantes" en lo económico, que no conoce discontinuidades hasta el presente. En tercer lugar y como ya fuera señalado, si en ambos países el golpe de Estado fue de la mano con un importante "realineamiento ideológico" de los partidos, la dictadura no parece haber podido superar ese legado y el mapa político que emerge de la transición no hace sino confirmarlo.

La década de los 90's, encontró a Brasil y a Uruguay con un cierto "retraso" con respecto a la agenda que chilenos y argentinos había logrado impulsar. Brasil y Uruguay parecían fuertemente refractarios a las reformas "liberalizantes" y se mostraban como las dos últimas economías inflacionarias de la región. Los últimos años, sin embargo, asisten a la estabilización en ambos países, y a un calendario de reformas que se acelera, vía privatizaciones masivas en Brasil, y reformas institucionales en Uruguay. Aquí, la resistencia de "reconversión" de los sectores afectados por el ajuste y la paridad de fuerzas políticas en el parlamento, plantean un escenario de difícil gobernabilidad de seguir en pie la arremetida "liberalizante" que fue característica de los 90s. Por otra parte, la deficitaria integración de la izquierda al sistema político⁴ y la resistencia de los partidos políticos tradicionales a verse privados de sus recursos de poder, pone en cuestión la "paz social" ante una eventual victoria de la izquierda en las elecciones presidenciales. El proyecto brasilero por el contrario, coloca la preocupación por el funcionamiento democrático, en una comunidad política con un bajísimo grado de integración, si no se promueven políticas de integración social que generen la solidaridad necesaria para enfrentar la doble tarea de administrar la reforma y consolidar la democracia en el país.

2. Las trayectorias históricas y el desarrollo político de los partidos de izquierda en Uruguay y Brasil

El Frente Amplio surge en el año 1971 como una coalición de grupos y partidos de izquierda para disputar las elecciones nacionales de ese año. En 1964 se había consolidado la iniciativa del movimiento sindical por crear lo que se llamó la Central Unica de Trabajadores (CNT). El surgimiento del PT implicó una dirección opuesta a ésta: la consolidación del PT es anterior (1979) a la consolidación de la Central Unica de Trabajadores (1983)⁵, que defendiendo inicialmente la tesis del paralelismo sindical por oposición al monopolio de la representación de las centrales sindicales "amarillistas", es quien representa hoy, con mayor legitimidad, al conjunto de los trabajadores⁶. Pero la diferencia más importante desde el punto de vista de la "coyuntura", es que el PT nace en la transición hacia la democracia brasilera: es hijo de la Nueva República. En cambio, el FA es, en Uruguay,

⁴ Básicamente, me estoy refiriendo a la participación del Frente Amplio en los organismos públicos: Corte Electoral o Tribunal de Cuentas, han sido de los casos últimamente más debatidos.

⁵ Moacir Gadotti (1989) sostiene que el propio dirigente del PT (Lula) aseguró que la precedencia de la consolidación del PT a la CUT está guiada por la idea de que, sin acción política, no sería posible convencer a la case trabajadora de que la toma del poder no se daría a través de las formas convencionales. En este caso, la campaña electoral se usa más como instrumento para llevar el mensaje del PT a los trabajadores, que para maximizar las posibilidades electorales en sentido estricto.

⁶ "Es innegable que la CUT viene actuando como la principal referencia sindical para el conjunto de los trabajadores brasileros...", sostiene Costa (1994:113)

reacción a la decadencia económica y política de un consenso agotado: su creación antecede en apenas dos años al golpe de Estado, permanece en estado de “animación suspendida” (Gillespie, 1991) durante la larga hibernación del período militar, y resurge como fuerza decisiva en los 90s, destinada a quebrar definitivamente el bipartidismo que había organizado al sistema político uruguayo durante más de un siglo.

Algunas explicaciones del **surgimiento del FA** hacen hincapié en el agotamiento del modelo desarrollista de la postguerra, la crisis de legitimación del bipartidismo tradicional, la pauperización y radicalización de las clases medias que habían sido la base y sustento del modelo batllista, la “difusión” tercerista y desencantada de los movimientos de izquierda latinoamericanos, surgidos al aliento de la Revolución Cubana, y la aparición de una nueva “fuente” de socialización política, como el movimiento sindical, que permitió crear una cultura política diferente (Serna, 1998, Rama, 1995).

En cuanto a los factores que explican el surgimiento de PT, algunos de tipo “estructural” vinculados al agotamiento del ciclo económico expansivo iniciado en 1968 (Plinio, 1986), unidos a los cambios que la rápida industrialización de post-guerra supuso en términos de composición de la mano de obra (industrialización, urbanización, alfabetización⁷), son aducidos (Dirceu, 1986) para dar cuenta de ese “nuevo actor” que es el sindicalismo independiente. Independiente de qué? De al menos tres legados: independiente del Estado y su cooptación “desde arriba”, independiente de las élites tradicionales y sus formas de representación política, e independiente del legado histórico que hacían del Partido Comunista Brasileiro, el partido obrero por antonomasia. Algunos autores (Meneguello, 1989), sostienen, que al igual que en Uruguay, procesos de pauperización y asalarización de las clases medias en el 60, incentivaron la movilización de segmentos de clases medias que estimularon a los movimientos sociales urbanos de la década del 70.

Independientemente de las diferencias señaladas, de momento de surgimiento y de antecedencia o no de la consolidación del movimiento sindical a la formación de un partido político de las izquierdas, parece claro que: a) en ambos países, la consolidación de un movimiento sindical autónomo fue decisivo para la consolidación de un partido de izquierda que trascendiera su condición de pequeño partido “ideológico”, para consolidarse como partido “de masa”; b) en ambos países, estos procesos se verifican con posterioridad a la crisis del industrialismo desarrollista, alentados por los movimientos sesentistas y terceristas en América Latina: son pacifistas, intentan disputar el poder por las urnas, y generan una cultura política específica (estatista, igualitarista, basista y movimientista) desencantada del monopolio de la representación política tradicional; c) en ambos casos la alianza sindicalismo-clases medias parece determinante de las probabilidades de éxito de la penetración partidaria de las izquierdas.

Desde el punto de vista de su **constitución**, también pueden señalarse diferencias y similitudes entre ambos partidos. Mientras el FA reconoce al menos tres vertientes: la de los partidos “ideológicos” anteriores (Partido Socialista y Partido Comunista), la del sindicalismo, y la de escisiones de los

⁷ Meneguello (1989:30) sostiene que la sofisticación del parque industrial y las profundas diferencias de la estructura productiva, tanto en el padrón de tecnología y productividad como en la estratificación de la mano de obra en niveles de cualificación, remuneración y condiciones de trabajo, son las que permiten el surgimiento de un “nuevo sindicalismo”.

partidos tradicionales (Partido Colorado y Partido Nacional), el PT reconoce entre sus bases: el movimiento sindical “autonomista” de la base industrial paulista del sector “de punta” (industria automotriz), los movimientos cristianos de izquierda (Pastorales de la Tierra y el Menor, Comunidades Eclesiásticas de Base), así como militantes e intelectuales provenientes de las organizaciones políticas marxistas-leninistas (Partido Comunista Brasileiro, Partido Comunista do Brasil).

Una primera diferencia entre ambos partidos está dada por sus **relaciones con el movimiento sindical**. A diferencia del Frente Amplio, el PT reconoce, desde sus orígenes, una identidad de “clase”, que se hace manifiesta en la elección de su sigla y su principal representante (Lula, dirigente del movimiento sindical de ABC paulista). El Frente Amplio, por el contrario, como su nombre lo indica, comienza como un frente que reúne a comunistas, demócratas-cristianos, escindidos blancos y colorados, socialistas, y toda clase de independientes. Paradojalmente, su máximo representante es un militar (el General Seregni). Aunque el FA se distancia, en este aspecto del PT, invocando una identidad más amplia, sus estrechas relaciones con el sindicalismo permitirán, al igual que en el caso brasilero, que capitalice el voto de los trabajadores sindicalizados, rompiendo, en Uruguay, con la tesis de la “ezquizofrenia sindical”, que sostenía que los trabajadores, leales al movimiento sindical de base comunista, votaban sin embargo a los partidos tradicionales, en las elecciones nacionales (Solari, 1991). El PT nace con el primer sindicalismo independiente, de base industrial. El FA nace cuando el sindicalismo independiente ya existe, pero en el momento de mayor industrialización que conoce el desarrollo uruguayo. En ambos casos, el sindicalismo se galvaniza cuando el proceso de acumulación está exhausto (1960 en Uruguay, 1980 en Brasil).

En ambos países, los orígenes del movimiento sindical hay que buscarlos en los inmigrantes que, traídos después de la Primera Guerra Mundial, colaboraron con su experiencia asociativa a consolidar el primer sindicalismo, de origen anarquista, que luego dió lugar al sindicalismo de base comunista de los años 20s. Sin embargo, la trayectoria del movimiento sindical en Uruguay diverge, en forma muy significativa, no sólo de la trayectoria brasilera, signada por el autoritarismo, sino también de la trayectoria argentina, con quien compartió buena parte de su legado cultural y político. Esta divergencia, o “coyuntura crítica” (Collier & Collier, 1991), tuvo consecuencias políticas importantes no sólo para la consolidación de movimientos de izquierda, sino para la suerte de la democracia en general (Moreira, 1997, Rueschemayer, Stephens & Stephens, 1992).

El incipiente sindicalismo brasilero, difícil de consolidar en un país de dimensión continental, caracterizado por enormes desigualdades regionales, con una población fundamentalmente agraria y analfabeta, fue fuertemente reprimido desde su origen. El sindicalismo uruguayo, de base urbana, fue no sólo permitido sino alentado, en un contexto de rápida expansión de los derechos sociales y gran desarrollo del Estado. La escasez y abundancia de mano de obra en uno y otro país, unido a la mayor o menor necesidad de disciplinamiento de la misma, como consecuencia de patrones de desarrollo agropecuario intensivos o no en mano de obra (café en Brasil, ganadería extensiva en Uruguay), explican una parte de la varianza de los costos de represión de las organizaciones de trabajadores en uno y otro país (Rueschemayer, Stephens & Stephens, 1992). Como consecuencia, en Brasil se consolida un patrón corporativo de cooptación del sindicalismo, fuertemente represor y autoritario, desde los años 30, conjuntamente con la suspensión del orden liberal y sus garantías. El aplazamiento

de los “derechos sociales” en Brasil (como la ley de ocho horas, las garantías sindicales, el seguro de desempleo, o el derecho a despido), colaboró a que éstos pudieran ser usados por el populismo como “donación” al movimiento obrero, asegurando ciertas bases de lealtad⁸. Pero el sindicalismo “varguista” en Brasil, originalmente concentrado en las empresas estatales, comenzó, a partir de la segunda mitad del 50, a desarrollarse con más intensidad en el sector privado, en las industrias “de punta” (como la automovilística) y en los centros urbanos más importantes (como San Pablo). Este sindicalismo tiene otra experiencia de lucha, y una posición de independencia en relación al Estado. Es éste sindicalismo el que levantará la bandera del Partido de los Trabajadores a fines de los 70s.

En ambos países, el sindicalismo fue uno de los principales objetivos de la política de represión que caracterizó el ascenso de las Fuerzas Armadas al poder. Entre 1964 y 1979 en Brasil y entre 1971 y 1984 en Uruguay, los principales líderes sindicales fueron presos, se ilegalizaron sus organizaciones, y se impulsaron estrategias “amarillistas” que probarían ser efímeras, con posterioridad a la apertura. A diferencia de Brasil, el movimiento sindical uruguayo está unificado. En Brasil, la CUT comparte el espacio sindical con Forca Sindical y la CGT, que aunque muy limitadas en su capacidad de convocatoria y movilización, son socios privilegiados por los gobiernos (incluyendo el actual) para negociar sus medidas y pactar acuerdos.

Una segunda diferencia en la conformación histórica de la izquierda uruguaya y brasilera es **el peso y la penetración del Partido Comunista** en el movimiento sindical y en los partidos de izquierda respectivos. En Uruguay, la base comunista fue central a la conformación del movimiento sindical y a la estructuración de la izquierda (centralidad que ha ido perdiendo a consecuencia de la crisis del “socialismo real” crecientemente en los últimos años), mientras que en Brasil, si bien el PCB es el antecedente del movimiento obrero autónomo de los 70s, “su larga clandestinidad, su sumisión a los dictámenes de Moscú y las alianzas a la derecha por las cuales manifestó especial preferencia...” (Oliveira, 1986:11), implicaron cierto rechazo por el comunismo dentro del PT y cierto alejamiento de los liderazgos del nuevo sindicalismo de los viejos líderes comunistas. Mientras el PT luchó contra el Partido Comunista y sus tradiciones aliancistas, en Uruguay éste fue el “corazón” del Frente Amplio. El Partido Comunista en sus variadas versiones en Brasil, fue un antagonista decidido del Partido de los Trabajadores en sus orígenes: desconfió, fruto de su iluminismo leninista, de una organización de trabajadores hecha por los propios trabajadores, habló de “aristocracia obrera”, la tachó de “obrerismo aislacionista”, de “voluntarista y espontaneísta”, de “reformista”, de agente de la social democracia alemana, de pequeños burgueses radicalizados y satélite de las comunidades eclesiales de base (Chauí, 1986:69). Se alió con Unidad Sindical, una central con sectores “amarillistas”, de práctica moderada, que apostaba por una apertura lenta, gradual y segura, optando por el MDB, la oposición creada por el régimen.

Una tercera diferencia está dada por **la inclusión de los movimientos cristianos** en uno y otro partido. Aunque el Frente Amplio en Uruguay surge bajo el lema Partido Demócrata Cristiano⁹ (un

⁸ De hecho, uno de los “legados históricos” del PT, del cual el PT reniega, es la herencia del “trabalismo” del período populista. Getulio Vargas creó el Partido Trabalhista Brasileiro. Así se recibió del “padre de los pobres del Brasil” no sólo el sindicalismo o el salario mínimo, sino un partido “creado” para ellos (Gadotti, 1989).

⁹ En la Constitución del Uruguay de 1966 se estableció una diferencia entre lemas accidentales y permanentes, que la

pequeño partido católico, tradicional, condenado a ser una expresión minoritaria producto de la asentada tradición laicista del Uruguay y del reclamo de este electorado por el Partido Nacional, que viniera a representar a los “católicos progresistas), lo cierto es que éstos no comparten las características de radicalidad y movimientismo que jalonaron la actuación de buena parte de la Iglesia brasileña, bajo la influencia de la Teología de la Liberación, incluyendo fracciones como Acción Popular (que fuera dirigida por el fallecido Vicente de Souza, “Betinho”) activas en la era de los principales movimientos armados de la izquierda en Brasil. Aunque en ambos países, la Iglesia se insertó en el espacio creado por la represión dictatorial congregando a quienes se involucraban en campañas de solidaridad con víctimas de la represión y por los derechos humanos, las tradiciones movimientistas de la izquierda católica brasileña contrastan fuertemente con la moderación propia de los católicos más progresistas en Uruguay, al punto que su pertenencia al Frente Amplio (fuertemente neutralizada por las bases marxistas y leninistas aportadas por el Partido Comunista y el Partido Socialista) fue relativamente efímera, y se escindieron como grupo, junto con el ala “derecha” del FA, en las elecciones de 1989. Finalmente, la base cristiana del PT parece haber sido mucho más refractaria a la política, más basista y movimientista, que sus civilizados pares en Uruguay. Esto último parece también resultado de un movimiento más general de las izquierdas uruguayas y brasileñas con relación al resto del sistema político: la ruptura del PT con los otros partidos (fruto del grado en el cual estos partidos habían sido “creados desde arriba”) es sin duda más radical que la del FA con sus homónimos, con quienes sus propios liderazgos expresaban una línea de continuidad, problemática, pero continuidad al fin.

Desde el punto de vista de su **configuración ideológica**, ambos partidos, partiendo de matrices muy diferentes en su origen, han tendido a converger en los últimos años, fruto de la misma actitud de resistencia a las políticas de ajuste y desregulación y a la reforma de Estado.

Las relaciones entre liberalismo y estatismo fueron muy complejas en América Latina, y tuvieron un significado diferente al que tuvieron en Europa (Sader, 1995). Mientras Uruguay consiguió amalgamar un componente definido de liberalismo político en un contexto fuertemente estatista desde el punto de vista económico y social, en Brasil, estas relaciones se expresaron en forma contradictoria dando por lugar el patrón corporativo de relación entre Estado y sociedad civil, que caracterizó a las “malas” democracias en América Latina (O’Donnell, 1992). Las consecuencias de este vínculo entre liberalismo y estatismo, sobre la cultura política fueron diversas en ambos países. Y también lo fueron sus consecuencias sobre la ideología de las izquierdas.

En “O Anjo Torto”, Sader muestra cómo en Brasil el liberalismo fue apropiado por las oligarquías tradicionales, que “centradas en la exportación de productos primarios y en la importación de mercancías industriales de las metrópolis, supieron oponerse a...a la acción protectora del Estado en relación a mercado externo (reinvindicando) el laissez-faire y la no ingerencia estatal en la economía” (Sader, 1995:73). En Uruguay, el Partido Nacional que concentró la derecha ganadora y oligárquica

actual reforma del 1996 suprimió, sobre la necesidad de registrarse como lema para poder participar de las elecciones nacionales. El Frente Amplio tuvo que participar como Partido Demócrata Cristiano en sus primeras elecciones de 1971.

del campo (por oposición a la fracción batllista del Partido Colorado, estatista e industrialista, que gobernó durante la primera mitad del siglo) albergó también concepciones liberales en lo económico, oponiéndose a la extracción “compulsiva” con que el Estado gravaba la actividad ganadera para financiar su incipiente industria. Sin embargo, ambos partidos pudieron transitar desde partidos de “notables” hacia partidos de masa apenas entrado el siglo y consolidar una de las primeras democracias plenas del continente.

A diferencia de Uruguay, el “estatismo antiliberalizante” en Brasil, fue de la mano con la absoluta restricción de los derechos políticos y la competencia partidaria durante los años 30, y el interregno democrático desde 1945 hasta 1964, convivió con la ilegalización del Partido Comunista. “Getulio Vargas representó el estatismo y el antiliberalismo en clave dictatorial. Aquí, ser antiliberal, si por un lado representaba ser dictatorial, implicaba, por otro, ser a favor de la industrialización y junto a ella, el reconocimiento de los derechos sociales de los trabajadores...” (Sader, 1995:75). Al mismo tiempo, la vieja izquierda comunista privilegió, de acuerdo con dictámenes de la URSS, la cuestión social y la defensa de la soberanía del varguismo. Los liberales se apropiaron del tema de la democracia. En consecuencia, “la oposición en la política brasilera se hacía entre los que reivindicaban la defensa de la libertad y de la democracia -a la derecha- y los que privilegiaban las conquistas sociales y la defensa de la nación brasilera - a la izquierda” (Sader, 1995:79). El PT llegó para romper con ello, para aunar la lucha de la democracia con la cuestión social, pero lo hizo al costo de renegar del legado de izquierda precedente y al costo de aceptar un socialismo democrático, dentro de los marcos del capitalismo, pero con distribución del ingreso (Costa, 1995:61)

Los orígenes del FA en Uruguay, aunque comparten con el PT la “amplitud democrática” de su propuesta socialista, fruto de la unificación “tercerista” de las distintas vertientes de izquierda, evidenciaron un componente marxista y socialista, como consecuencia del peso de las fracciones marxistas en su composición (y de su protagonismo en el movimiento sindical), y de sus fuertes vínculos con el sindicalismo, que le dieron al partido su tenor combativo y militante, y lo diferenciaron de los partidos tradicionales. .

La tradición democrática del PT tuvo que luchar no solamente contra un contexto autoritario, sino contra la oposición a las formas de hacer política elitistas de los partidos creados “desde arriba”. La matriz clasista del sindicalismo se multiplicó con la “desconfianza en la política” de los grupos cristianos, y dieron como resultado una difícil combinatoria entre “movimiento” y “partido” que el PT no parece haber superado totalmente hasta el presente. “Nacido en el clima de entierro teórico y político de Marx y Lenin...”.(Sader, 1986:163) el PT, a diferencia del FA, fue anticomunista, pero a semejanza de él, abogó por un socialismo democrático.

Las banderas del PT fueron más amplias que las del FA, resultado de los múltiples frentes de batalla que abre la heterogénea sociedad brasilera: abogó por los derechos de los campesinos sin tierra, de los indios, de los negros, de las mujeres.

Las libertades sindicales y políticas, fueron en Uruguay un resultado de la transición, deseado por todos. Mientras la izquierda uruguaya había combatido la “democracia burguesa”, el PT tuvo que

pelear duramente por ella (incluyendo las libertades partidarias, el derecho de huelga y la libertad de organización sindical).}

Los primeros programas del PT se dirigieron inicialmente en tres frentes de lucha: la lucha por la democratización del sistema (una de cuyas más conocidas banderas sería la de Diretas já!, bregando por la elección directa para Presidente de la República), las reivindicaciones propiamente sindicales (salario, seguro de desempleo, reducción de la jornada de trabajo a 40 hs) y las demandas por una “reforma estructural” que transformase la tan desigual distribución de la riqueza en Brasil.

El FA nace con un programa reformista radical, de defensa de los derechos de los trabajadores, y exigiendo el cumplimiento de “derechos humanos” y “legalidad” seriamente dañadas por la puesta en marcha de las medidas prontas de seguridad que atentaban no sólo contra la acción de un movimiento sindical particularmente activo, sino contra las acciones guerrilleras que se hicieron corrientes en la época y denunciaban la nueva doctrina de la Seguridad Nacional, en auge hacia fines de la década del 60s.

Las reformas estructurales impulsadas en sus comienzos por ambos partidos no eran diferentes: redistribución del ingreso, fortalecimiento del capital nacional en detrimento del extranjero, reforma agraria y tributaria, fin de la política económica del gobierno, ruptura de acuerdo con el FMI, nacionalización de la banca, no pago de la deuda externa, estatizaciones de los medios de producción, entre otros. Muchos años después, hacia fines de los 90s, las banderas del PT y del FA tampoco serán enteramente diferentes y estarán fuertemente orientadas a la resistencia a las políticas de ajuste: contra las privatizaciones, contra la desregulación, contra el desmantelamiento de los servicios públicos propios del Estado de bienestar, contra el desempleo entendido como consecuencia de una política exclusivamente orientada a la estabilización, y contra la transformación de los viejos “derechos sociales”, transformados ahora en privilegios (como la inamovilidad de los funcionarios públicos)

4. Las izquierdas postransicionales y su evolución electoral en la última década

Las izquierdas brasilera y uruguaya, han evolucionado en contextos partidarios e institucionales completamente diferentes, que han colocado restricciones y ofrecido oportunidades disímiles a su desarrollo político. Si en Uruguay, la izquierda ha tenido que luchar con una alta integración del sistema político, para “encontrar su lugar”, en Brasil, ésta enfrenta el desafío de configurarse como partido, en un sistema político desarticulado, y frente a una ciudadanía refractaria a la política.

Los partidos políticos uruguayos “históricos”, el Partido Nacional y el Partido Colorado, antecedieron a la propia formación del Estado-nación, se constituyeron en fuentes de identificación y referentes culturales ciudadanos, consolidaron un sistema bipartidista que tendría muy larga duración, y construyeron el Estado uruguayo, luego del fin de las guerras civiles en 1903. Dividiéndose el país por mitades, el Partido Nacional con sus bases rurales y el Partido Colorado con sus bases urbanas, supieron convivir reinventando fórmulas de concertación que viabilizaron la gobernabilidad del Uruguay, y también convivieron en el armado de las conspiraciones que resultaron en los dos golpes de Estado y que supieron reunir derechas “blancas” y “coloradas”), aunque el Partido Nacional sólo accedió a la primera magistratura en 1958. La crisis de los 60s, la aparición de la guerrilla y el derrumbamiento del

modelo industrialista fueron de la mano con la aparición de un tercer actor: el Frente Amplio. A poco de creado, y en su “estreno” en los duros y represivos años 70s, obtuvo en su primera elección el 18% de los votos. Dos años después, sobrevino la dictadura, y durante la larga década en que ésta imperó, los partidos y las elecciones fueron suprimidos. Cuando el Uruguay recuperó su democracia, el Frente Amplio recuperó su espacio, incorporó a los “desleales” (la guerrilla) y quebró para siempre el bipartidismo tradicional, obteniendo la victoria por dos veces consecutivas en la capital del país. Actualmente es el partido que con mayor propiedad puede ser llamado una “familia política”: existe una probabilidad de más de un 80% que hijos de padres

“frentistas” también lo sean (en el Partido Nacional y Colorado estas probabilidades oscilan entre el 20 y el 40%).

Brasil es señalado en la literatura (Mainwaring & Scully, 1995), como un caso extremo de subdesarrollo partidario. Sus partidos son frágiles, inestables, de escaso enraizamiento en la sociedad y sus representantes políticos gozan de una amplia autonomía de “salida” y “entrada”, lo que facilita una movilidad interpartidaria muy alta. A diferencia de Uruguay, como se muestra en el Cuadro 1, el peso de los partidos históricos fundados antes de 1950 es despreciable en Brasil, mientras en Uruguay alcanza al 70% del parlamento. Parte del desempeño de los partidos brasileños puede ser explicado por el hecho de que ningún otro sistema en América Latina ha experimentado tantos cambios radicales: la mayoría de ellos implementados en situaciones “de excepción” (bajo regla autoritaria). En 1930, el Estado Novo suspendió la actividad partidaria de los viejos partidos “liberales”, elitistas y oligárquicos. Recién en 1945, con el inicio del período democrático, se puede hablar de partidos “modernos”. Los tres partidos de mayor arraigo en este período democrático fueron el Partido Democrático Social (de centro-derecha y bases rurales), la Unión Democrática Nacional (el más conservador y de bases urbanas) y el Partido Trabalhista Brasileiro (el más progresista y que creció rápidamente hasta disputar el lugar de la UDN). Durante las dos décadas de duración de la “democracia populista” (Weffort, 1978), y pese a las limitaciones con que ésta operó en el período: ilegalización del Partido Comunista en 1947 y restricción del padrón electoral a los alfabetos (constituyendo los analfabetos la mayor parte de la población), comenzó un proceso de institucionalización partidaria, que fue interrumpido por el golpe de 1964. Sin embargo, y a despecho de los procesos políticos en países vecinos, el gobierno militar en Brasil mantuvo una suerte de actividad partidaria (el Congreso siguió funcionando, en un contexto de limitada actividad electoral), impulsada por dos partidos creados desde la cúpula militar :el Movimiento Democrático Brasileiro (MDB) -el partido opositor- y la Alianza Renovadora Nacional (ARENA). En 1974 esta actividad partidaria comenzó a erosionar el régimen militar, con la victoria del MDB en las elecciones legislativas, que se hicieron rápidamente plebiscitarias. Sin embargo, ninguno de estos dos grandes partidos conseguiría sobrevivir plenamente hacia fines del siglo.

El Cuadro 1 muestra algunos indicadores de “integración” del sistema político: volatilidad electoral, participación de los partidos “históricos” en el parlamento, polarización ideológica, entre otros. A excepción del grado de polarización ideológica, alto en Brasil y Uruguay, ambos sistemas políticos figuran entre los desempeño más disímil si comparados con sus pares latinoamericanos.

CUADRO 1: DESEMPEÑO PARTIDARIO EN BRASIL Y URUGUAY

	BRASIL	URUGUAY
VOLATILIDAD ELECTORAL en cámara baja	1971-89	1982-1990
Volatilidad media	40.9%	9.1%
VOLATILIDAD ELECTORAL en voto presidencial	1871-89	1960-89
Volatilidad media	99.0%	9.1%
Lugar en la escala de volatilidad media en 12 países	12	1
Bancas parlamentarias (cámara baja) ocupadas por partidos fundados antes 1950	1996	1989
	0.6	69.7
Grado de institucionalización (3=alto, 2.5=medio alto, 2=medio, 1.5= medio bajo, 1=bajo)	1.0	3.0
POLARIZACIÓN IDEOLÓGICA	5.7 (alta)	3.1 (moderada-mente alta)

Fuente: *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Ed. by Scott Mainwaring & Timothy Scully, Stanford University Press, Stanford California, 1995

Sin embargo, ambos sistemas, han desarrollado partidos de izquierda integrados, consistentes, fuertemente disciplinados en su actuación parlamentaria y exhiben dos de los más activos movimientos sindicales de América Latina. Cómo explicar ésto?

Hoy en día, El PT es conocido ya como el único partido ideológico, la única fuerza política no comprometida con el régimen de dominación vigente (Sader, 1990:173). Aunque el FA comparte buena parte de esta evaluación, su más larga trayectoria, así como su ubicación privilegiada como fuerza electoral a la par de los partidos tradicionales, y administrador de la capital del país, lo están convirtiendo, progresivamente, en un “partido tradicional”, si por ello entendemos su capacidad de transmitir identidades por el mecanismo de socialización tradicional –la familia- (Aguiar, 1998).

En segundo lugar, ambas izquierdas comparten las incertidumbre propias de la “crisis de las izquierdas”, en la convergencia del colapso del “socialismo real”, del “notable éxito de la social democracia en los países centrales del capitalismo...”(Oliveira, 1986:19) y de la pérdida de la “centralidad obrera”. Esta crisis tiene impacto tanto sobre el discurso como sobre la actitud de la izquierda en relación al resto del sistema político y a los movimientos sociales. Para algunos, la defensa de un modelo “socialdemócrata”, con fuerte regulación estatal y redistribución del ingreso, es una señal de una cultura de izquierda agotada. El movimiento sindical, debilitado por la crisis de la izquierda y por los propios cambios en su composición derivados de los cambios en los modelos de acumulación, encuentra cada vez más dificultades para responder a la altura de la ofensiva neoliberal. Al igual que en Uruguay, la izquierda y el sindicalismo luchan contra las privatizaciones, la reducción del gasto público, y el abandono por parte del Estado de servicios sociales en el área educación, salud y vivienda. Es

probable que el “post-consenso de Washington”, liderado por discursos como el de Joseph Stiglitz, permita relegitimar algunos de estos reclamos, por parte de sectores hoy refractarios a la izquierda (por ej., las alas más “progresistas” de los partidos “tradicionales”). Pero este reconocimiento, no mostrará sino que el discurso “estatizante” puede no ser suficiente para que alguien se defina como “socialista” (Oliveira, 1990).

Como resultado, si en Uruguay la izquierda es capaz de poner en cuestión algunos “costos” del actual modelo de acumulación, vinculados al desmantelamiento del “estado de bienestar”, y si éste tiene ecos en un electorado nostálgico del Uruguay “batllista”, en Brasil, el problema parece estar colocado en otros términos: a saber, como lo formula Plinio (1986), si la sociedad brasilera continuará siendo un capitalismo salvaje o seá un capitalismo más atento al bienestar de la población.

El PT y el FA parecen estar enfrentado con posterioridad a la transición democrática, un conjunto similar de problemas: a) sus relaciones con el movimiento sindical y los movimientos sociales, a menudo en contradicción con su condición de representante del Parlamento, b) los límites impuestos a su crecimiento electoral como consecuencia de su condición de “partido de izquierda”, c) los desafíos impuestos por los manejos de las administraciones municipales, d) los problemas derivados de la resistencia al ajuste y las privatizaciones, por un lado, y de la necesidad de ofrecer una alternativa viable al neoliberalismo, por otro, que parecen ubicarlos en el estrechísimo ángulo de “oposición al régimen” y “alternativa de gobierno” viable.

Las relaciones entre el movimiento sindical y el Frente Amplio han estado signadas por la autonomía recíproca y cooperación. Crecientemente, en los últimos años, sin embargo, el sindicalismo ha optado por un comportamiento independiente, en su resistencia a diversas medidas que hacen a la reforma del Estado¹⁰. El PT, un partido “pegado” a los movimientos sociales, adolece de lo que Moisés llamó una cierta “ezquizofrenia” entre lo social y lo político, uno de cuyos ejemplos es “la separación que, frecuentemente, aparece entre la lucha sindical y la lucha parlamentaria o entre la lucha del movimiento popular y la necesidad del partido de formular un elenco claro de propuestas a ser trabajadas en el parlamento y fuera de éste, para forzar a los gobiernos a resolver esos problemas...” (Moisés, 1990:184).

Aunque, en ambos países, el sindicalismo es crecientemente acusado de ser el sector “retardatario” del modelo, que representa los intereses “creados” y el “corporativismo” que impiden la modernización (Sader, 1995), en Brasil, la existencia de esa “lucha armada, secreta, infundável”: la lucha por la tierra, que fuerza a los sin-tierra a “responder por las armas al ataque armado de latifundarios que contratan mercenarios para torturar y asesinar líderes rurales...” (Chauí:198664), compromete el proceso de la competencia electoral.

Sin embargo, algunos autores afirman que en ambos casos “la escena electoral ha jugado un

¹⁰ Su protagonismo y anticipación políticas en el caso de: a) plebiscito para la Fijación de un porcentaje constitucional mínimo de 27% para presupuesto de enseñanza en 1994, b) referéndum para derogación de la Reforma de la Seguridad Social aprobada en 1995, y c) referéndum para la derogación de la Ley de Inversiones (1998) parecen ir en este sentido. El Frente Amplio se ha sumado, pero con un cierto retraso, a estas iniciativas.

papel central en la integración de las reglas de juego de la competencia democrática, sea en la determinación de relaciones de fuerzas con otros partidos y para legitimar posiciones dentro del sistema; sea como mecanismo para resolver conflictos entre sectores o corrientes interna; y también la canalización del “voto flotante” o “de protesta” producto de los déficits de las instituciones democráticas.” (Serna, 1998:37)

En efecto, ambas izquierdas exhiben perfiles electorales similares: sus votos provienen del país “moderno”. Ambos países comparten un contingente de votantes de izquierda jóvenes, educados, urbanos, localizados en los principales centros “urbanos”, y concentran el voto de los trabajadores movilizadas. En ambos países, la autoidentificación partidaria de los electores de izquierda parece ser más alta que en el resto del espectro político. Pero mientras el Frente Amplio avanza en forma ininterrumpida desde la transición democrática (a pesar de la notoria concentración geográfica en la capital del país de este avance), el PT experimenta avances y retrocesos. Los Cuadros 2 y 3 muestran la evolución del voto en Brasil y Uruguay.

CUADRO 2: VOTOS DEL PT EN ELECCIONES LEGISLATIVAS

Voto en Elecciones (%)	1982	1986	1990	1994
Voto a Diputados	3.5	6.9	10.2	12.8
Voto a Senadores	---	----	3.2	7.4
Voto a Gobernadores	3.7	5.5	9.7	3.7 ^a
Votos a la Asamblea Legislativa	1.4	4.1	7.9	8.8

^a Estado: Espírito Santo (Renunció al partido el año pasado)

Fuente: "Dados Eleitorais do Brasil (1982 - 1996)" Jairo M. Nicolau (org.) IUPERJ / UCAM, Editora Revan.

Como muestra el Cuadro 2, el voto al PT en elecciones ha ido creciendo, aunque en forma modesta, a lo largo del período. Si observamos la tendencia, el voto a senadores y diputados ha ido creciendo en forma sostenida y el voto a gobernadores, en cambio, no muestra una evolución parecida, experimentándose un retraso relativo, entre la elección de 1990 y 1994. Esta evolución electoral reconoce al menos tres hitos fundamentales: el año de “estreno” del PT, 1982, fue un año decepcionante, ya que la participación electoral del PT fue muy inferior a las expectativas creadas; las elecciones de 1985 depararon una sorpresa, ya que el PT creció considerablemente, aunque este crecimiento estaba concentrado en la región sudeste del país; finalmente, en 1988 el PT gana la prefectura de San Pablo, lo que constituye una victoria decisiva. Para obtener estos resultados, el PT hizo alianzas con el Partido Comunista, con el Partido Verde, y con el Partido Democrático Trabalhista (PDT) de Brizola, con el cual disputa, hoy en día conjuntamente, la actual elección presidencial.

El Cuadro 3 muestra la evolución del electorado del FA en Uruguay, comparado con el resto de los partidos.

CUADRO 3: URUGUAY: VOTOS EN ELECCIONES LEGISLATIVAS

	1971	1984	1989	1994
P.COLORADO	41.0	41.2	30.3	32.3
P.NACIONAL	40.2	35.0	38.9	31.2
F.AMPLIO	18.3	21.3	21.2	30.6
N.ESPACIO	----	----	9.0	5.2
OTROS	0.5	2.5	0.6	0.7

Fuente: MIERES, Pablo (1998) "Elecciones 1994: una nueva fase de la transformación electoral del Uruguay"

El Cuadro 3 muestra la evolución de los votos del FA en las elecciones legislativas que (hasta la actual reforma de 1996) fueron elecciones legislativas, presidenciales y municipales, concentradas en una sola vuelta. El FA aparece en escena capturando desde su inicio un porcentaje importante de los votos (18.3%). Si consideramos que el período 1971-1984 estuvo signado por la falta absoluta de actividad política, el crecimiento en diez años de vida política, es muy acelerado, llegando a disputar por unos miles de votos, el lugar de los partidos "históricos" (Nacional y Colorado).

A diferencia de Uruguay, el crecimiento de la izquierda en Brasil evidencia una muy limitada participación en el Congreso, como muestra el Cuadro 4:

CUADRO 4: COMPOSICIÓN DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS EN BRASIL

PARTIDO	1987	1988	1990	1990
PMDB	305	235	200	153
PFL	134	125	108	103
PDS	37	34	32	35
PSDB	0	48	61	72
PDT	26	28	35	43
PTB	19	29	26	32
PT	16	16	16	17

Fuente: "Dados Eleitorais do Brasil (1982 - 1996)" Jairo M. Nicolau (org.) IUPERJ / UCAM, Editora Revan.

La composición del Congreso brasileiro, muestra un peso muy inferior de la izquierda en relación al resto de los partidos. Aunque el PT tenga en las elecciones de 1990, 17 diputados, su peso es ínfimo comparado con el resto de los partidos.

En Uruguay, como muestra el Cuadro 5, el peso relativo del FA en la Cámara de Senadores, le permitiría ser el "fiel de la balanza" en los conflictos entre blancos y colorados. Por el contrario, la alianza de estos últimos desde 1984, bajo forma de coaliciones y reparto de cargos en el Estado, ha permitido a los gobiernos sucesivos aprobar sus leyes más importantes. La

izquierda ha jugado a la oposición a través de la “dinámica plebiscitaria”, que cuenta con al menos 4 iniciativas desde “fuera del sistema”, destinadas a bloquear leyes aprobadas por el Parlamento¹¹.

CUADRO 5: COMPOSICIÓN DE LA CÁMARA DE SENADORES EN URUGUAY

	1971	1984	1989	1994
PCOLORADO	14	14	9	11
PBLANCO	12	11	13	10
FA	3	3	7	9

Fuente: "Continuity and Change in the Uruguayan Party System", en Scully & Mainwaring (1995)

Una característica común a ambas izquierdas, es la composición regional del voto, que muestra la fuerte concentración del PT y el FA en los centros “modernos” del país. Los Cuadros 6 y 7 muestran esta información.

CUADRO 6 : COMPOSICIÓN REGIONAL DEL VOTO AL PT EN BRASIL

Región	1989 (1er. Turno) ¹	1989 (2º Turno)	1994 ²
N	18.7	29.5	25.5
NE	22.8	44.3	30.3
SE	17.8	49.5	25.6
S	8.1	54.7	28.2
CO	16.4	36.8	24.6
BRASIL	17.2	47.0	27.0

¹ Alianza electoral PT – PSB - PCdoB

² “PT – PSB – Pcdob – PPS – PV – PSTU)

Fuente: "Dados Eleitorais do Brasil (1982 - 1996)" Jairo M. Nicolau (org.) IUPERJ /UCAM, Editora Revan.

El Cuadro 6 muestra la distribución del voto a Presidente por el PT en Brasil, en las dos elecciones disputadas por el líder del PT: la primera enfrentado a Collor de Mello, y la segunda a Fernando Henrique Cardoso. Como muestra el cuadro, hubo un crecimiento sostenido del electorado petista entre la elección de 1989 y la de 1994 (tomando sólo el 1er. turno), verificándose, el mayor crecimiento en la región Sur del país. Moisés (1990) y Tadeu (1996) señalan que el apoyo a Lula fue en las regiones sur y sureste del país y en los centros más dinámicos de la economía capitalista. Algunos estudios, mostrarán asimismo una correlación positiva entre voto al PT y grado de industrialización y urbanización.

¹¹ Referendum para derogar la Ley de Caducidad (amnistía a los militares) en 1989, derogación parcial de la Ley de Empresas Públicas (privatización) en 1992, plebiscito para la Fijación de un porcentaje constitucional mínimo de 27% para presupuesto de enseñanza en 1994, Referendum para derogar la Ley de Marco Regulatorio Energético (desmonopolización de los servicios electricos) en 1998.

El Cuadro 7 muestra la composición regional del voto en Uruguay para el FA

CUADRO 7 : COMPOSICIÓN REGIONAL DEL VOTO AL FA EN URUGUAY (1994)

	TODO EL PAIS	MONTEVIDEO	INTERIOR
P.COLORADO	32.3	26.6	37.1
P.NACIONAL	31.2	21.1	39.6
F.AMPLIO	30.6	44.1	19.5
N.ESPACIO	5.2	7.3	3.4
OTROS	0.7	0.9	0.4

Fuente: MIERES, Pablo (1998) "Elecciones 1994: una nueva fase de la transformación electoral del Uruguay"

Como muestra el cuadro, el FA tiene su electorado muy desigualmente concentrado en la capital (44.1%) y el interior del país (19.5%). Si observáramos la distribución interna del voto en el "interior" del país, veríamos que se produce una fuerte concentración de los mismos en el "área metropolitana" de Montevideo y en los centros urbanos más modernos del litoral del país. Esta distribución del voto, pone en cuestión, la "governabilidad" posible de un gobierno del FA, con la mayoría de los municipios gestionados por representantes de los partidos tradicionales.

Cuáles son las explicaciones de esta desigual participación del electorado por las izquierdas en uno y otro país?

Serna (1998) ofrece un cuadro de las distintas interpretaciones del fenómeno del escaso crecimiento del PT en Brasil. El PT habría tenido un momento de "explosión" electoral en las elecciones de 1985, gracias a su postura intransigente a favor de la elección directa para Presidente (que demostró, a la postre, ser un fuerte sensibilizador de la opinión pública), pero, posteriormente "se desinfló", fruto de las contradicciones y dificultades de articulación de la estructura partidaria y la base movimientista. Sin embargo, el PT parece ser capaz, progresivamente, de capitalizar el descontento y apatía del electorado brasileiro, con respecto a los partidos mayores. Vale la pena anotar, sin embargo, la lista de dificultades que enfrenta el PT para lograr un crecimiento electoral sostenido: a) dificultad de "producción de cuadros políticos" que sean capaces de competir en la arena parlamentaria y en la gestión de los gobiernos municipales; b) dificultades inherentes al costo organizativo y financiero de las campañas electorales en un país de dimensiones "continentales" como Brasil; c) dificultad de articular un discurso de izquierda en atención a las bases, y moderado, en atención al electorado, en un partido que nació "clasista" y cuyos vínculos con el movimiento sindical y el "basismo" son aún muy estrechos, d) dificultades de legitimar un candidato obrero, como Lula, en una sociedad fuertemente legitimadora de las jerarquías sociales. Las dificultades enfrentadas por la necesidad de hacer alianzas con otros sectores (costosísimas a menudo, en términos de la relación con las bases del partido) y las que emanan de hacer de la gestión municipal un ámbito de multiplicación de las adhesiones partidarias (algo que el FA parece haber resuelto muy bien), son las que enfrenta el PT hoy y las que dirán respecto de su evolución futura.

En Uruguay, el FA ha podido capitalizar el descontento capitalino, en parte por la erosión de legitimidad de los partidos históricos, esperable luego de más de un siglo de gobierno y de desdibujamiento progresivo de sus diferencias por ejercicios de coalición permanentes, y esperable

también por su condición de administradores de un modelo con fuertes componentes liberales y antikeynesianos, poco grato a una población aún fuertemente “estatista”. Al mismo tiempo que el FA representa la “tentación de lo diferente”, los resquemores con respecto a esta fuerza política, han sido progresivamente eliminados por la exitosa gestión del gobierno de la capital del país. También, a diferencia del PT, el FA es hoy, un partido netamente electoralista. Sus estructuras militantes se han desmoronado y aunque su vínculo con los movimientos sociales sigue siendo intenso, los márgenes de autonomía relativa han aumentado entre ellos, como fuera mencionado. La reforma constitucional de 1996, que incluyó el ballottage, así como el desafío de crecer en el interior del país, son las que, en buena medida, determinarán la evolución electoral del FA y sus posibilidades de acceder al gobierno nacional algo de lo que está sin duda mucho más cerca, que sus pares brasileños.

En setiembre de 1998, los datos permiten anticipar una victoria presidencial de F.H. Cardoso sobre Lula, mientras en Uruguay, el nuevo escenario producido por las modificaciones que introduce la nueva reforma constitucional de 1996, en especial, la modificación que supone el ballottage, arroja incertidumbres crecientes con respecto al comportamiento del electorado en una segunda vuelta que tendrá con seguridad al candidato de la izquierda compitiendo con el candidato de uno de los dos partidos tradicionales. En este último caso, si el candidato de los partidos tradicionales concita el apoyo del electorado “tradicional”, la victoria sobre la izquierda parece indudable. En este caso, en ambos países las izquierdas perderán previsiblemente las elecciones presidenciales, aumentarán su participación en el parlamento y aunque continuarán siendo minoritarias con respecto a las coaliciones triunfantes, afianzarán su protagonismo a nivel municipal y entrarán al próximo siglo con dos desafíos importantes: a) el de “penetrar electoralmente” en el interior del país, menos modernizado, menos urbanizado, y sobre todo, menos politizado, b) el de constituirse en una alternativa, que más allá de capitalizar el descontento contra los procesos de ajuste y reforma económica, sea creíble y legítima para un electorado descontento, pero muy conciente de los riesgos de oponerse a un modelo de desarrollo cada vez menos “controlable domésticamente”.

4. Cultura política de las izquierdas brasileña y uruguaya en la década de los 90s: una comparación entre élites y opinión pública

Las actitudes políticas de los dirigentes de izquierda en Brasil y Uruguay (incluyendo las actitudes políticas del sindicalismo) evidencian una proximidad muy grande, explicable en buena medida, por la existencia de una “cultura política de izquierda” allí, donde ella se exprese. En el caso de América Latina, y la experiencia de Europa parece ir en el mismo sentido, una cultura política de izquierda se expresa en tres tipos de actitudes “básicas” en lo que podríamos llamar la dimensión “social”, “política” y “económica”. En la dimensión social, las orientaciones actitudinales de la izquierda evidencian un igualitarismo social muy consistente a nivel de valores y creencias básicas, que se expresa como preferencia a nivel de políticas en el apoyo a medidas redistributivistas. En la dimensión política, la orientación democrática privilegia los contenidos “participativos” (por oposición a los contenidos “liberales”) abogando por una participación extendida de las organizaciones de los sectores populares en el proceso de toma de decisiones. En la dimensión económica, las orientaciones son predominantemente “estatistas” por oposición al liberalismo de mercado, manifestándose, a nivel de las políticas, por una resistencia extendida a las políticas de “ajuste estructural” (privatizaciones,

desregulación, entre otras.).

El análisis que sigue, está basado en dos fuentes de datos: datos de opinión pública del Latinobarómetro 1997 y datos de una encuesta de élites realizada en ambos países en 1993-1994¹².

4.1. ¿Una “cultura política de izquierda” en Uruguay y Brasil?: la opinión pública de izquierdas y derechas

La "cultura política" de ambos países, relevada a través de la opinión pública, es consistente con el legado histórico de los mismos. Las adhesiones a la democracia y la confianza en los partidos políticos diferencian fuertemente a Uruguay de Brasil. Las preferencias por la democracia y la satisfacción con el régimen democrático son notoriamente más altas entre la opinión pública uruguaya (80% y 57% respectivamente) que entre la de sus pares brasileros (41% y 30% respectivamente): ambos parecen confirmar casos "extremos" entre los países del Cono Sur.

Al mismo tiempo, las características de una cultura cívica "participante" (involucramiento político, interés y proximidad con la política) diferencian al Uruguay del resto de los países que participaron en el estudio, y notoriamente de Brasil. Brasil se diferencia de Uruguay, por la mayor "alienación" ciudadana respecto a la política, y la mayor "propensión autoritaria". La cultura política uruguaya sigue construyéndose sobre la base de un involucramiento ciudadano con la política importante (interés por la política, cercanía a partidos, grado en que encuentran a la política "comprensible"): mientras el 64% de los uruguayos consideran a la política “comprensible” y sólo un 31% se declaran “nada próximos” de los partidos, en Brasil estos porcentajes son del 42% y 65% respectivamente.

Los datos del Latinobarómetro 1995 muestran que existe una evaluación de las instituciones políticas más favorable en Uruguay que en Brasil (partidos, parlamentos), donde fuentes tradicionales de socialización política (Iglesia, militares) revelan tener una amplísima aceptación entre la opinión pública. La "desconfianza" en los políticos aparece como un rasgo central a la apatía política brasilera, en términos relativos, mientras que lo contrario puede decirse de Uruguay.

Sin embargo, la "tolerancia" política de la opinión pública brasilera y uruguaya, a los partidos “extremistas” se encuentran entre las más altas de los países indicados. Ello, unido a la legitimidad de los actores sindicales en ambos países, y al rechazo a la influencia de las grandes empresas en la vida política nacional, parecerían mostrar, al menos para el caso brasilero, que el padrón cultural "corporativo" y "regulado" es más que discutible, en el caso brasilero. Al mismo tiempo, eso refleja la realidad de movimientos sindicales de izquierda y autónomos, reconocidos en ambos países, como un

¹² La encuesta fue realizada en los años 1993-1994. En Uruguay, las entrevistas se realizaron entre setiembre y diciembre de 1993. En Brasil, entre octubre de 1993 y junio de 1994. Se entrevistaron, en Uruguay a 250 miembros de élites (100 políticos, 50 dirigentes gremiales, 50 dirigentes empresariales y 50 altos funcionarios públicos). En Brasil se entrevistaron 320 miembros de élite (54 políticos, 95 dirigentes empresariales, 82 dirigentes gremiales y 89 altos funcionarios públicos). Los resultados de ambas encuestas están en sendos relatorios: en Brasil, el relatorio de Pesquisas "Elites Estratégicas e Dilemas do Desenvolvimento", IUPERJ, 1994, y en Uruguay Informe sobre cultura política y élites en el Uruguay: análisis de una encuesta, Serie Informes CIESU, No. 57, Montevideo, 1994.

legado de la transición democrática.

La desconfianza de las izquierdas¹³ frente al sistema político y sus expresiones político-partidarias está en su propia condición de partidos de oposición: relegados o escasamente representados por las representaciones tradicionales o históricas de los partidos. Como fuera dicho anteriormente, esta condición de “oposición” partidaria, sólo conquistó su expresión “de masas” en una coyuntura histórica común: los 70s latinoamericanos. Sin embargo, se gestó en forma muy diferente en Brasil y en Uruguay. Mientras en el caso brasilero, la oposición al sistema partidario surgió de la condición “elitista” de los partidos tradicionales, sumada a la restricción a las expresiones político-partidarias de izquierda, en Uruguay, los “sectores populares” parecen haberse sentido representados por los partidos tradicionales, hasta la década del sesenta.

El Cuadro No. 8 muestra que la mayoría de los entrevistados de izquierda en ambos países consideran formas de democracia que pueden funcionar “sin partidos”, aunque las diferencias entre ambos países aparezcan como muy significativas. Mientras el 81% de los uruguayos consideran que la democracia no podría funcionar sin partidos, sólo el 50% de los brasileros declaran ésto. Pero, en ambos países, la izquierda es quien, en mayor medida, considera que la democracia podría funcionar sin partidos.

CUADRO 8: RELACIÓN ENTRE DEMOCRACIA Y PARTIDOS, según autoidentificación ideológica, en la opinión pública brasilera y uruguaya

LA DEMOCRACIA PUEDE FUNCIONAR SIN PARTIDOS						
	Izquierda	Centro-izquierda	Centro	Centro-derecha	Derecha	TOTAL
URUGUAY						
Sin partidos políticos no puede haber democracia	74	82	82	84	80	81
La democracia puede funcionar sin partidos políticos	24	15	11	7	14	13

¹³ En este estudio hemos optado por trabajar con el eje izquierda-derecha como variable independiente, y no con identificaciones político-partidarias, que si bien en Uruguay son la principal variable que permite diferenciar actitudes, no cumplen el mismo rol en la opinión pública brasilera. A tales efectos, vale resaltar que , aunque el porcentaje de los que "rechazan" la identificación izquierda/derecha es menor al 15% en opinión pública, en ambos países, las élites parecen sentirse bastante más cómodas con esta autoidentificación, que la opinión pública en general. En Brasil, un 64% de los encuestados en 1995 declaran reconocer los términos “izquierda”y “derecha”, mientras en Uruguay, este porcentaje asciende al 86%. En 1995, el Latinobarómetro muestra que los porcentajes que se ubican a la izquierda de la escala (variando de 1 a 10, y tomando como “izquierda” los primeros tres tramos de la misma) son en Brasil y Uruguay muy similares (18% y 16% respectivamente).

BRASIL						
Sin partidos políticos no puede haber democracia	36	52	55	61	57	50
La democracia puede funcionar sin partidos políticos	51	38	38	35	35	38

Fuente: Latinobarómetro 1997, Equipos Consultores Asociados

Posiblemente, la mayor desconfianza de la izquierda hacia los partidos esté relacionada al vínculo más estrecho que ésta sostiene con los movimientos sociales, y al hecho de que su origen está más vinculado a estos últimos que a los primeros. Sin embargo, explicaciones más audaces pueden ser ensayadas aquí, sobre la tradición teórica sobre la que se fundan las izquierdas. Si consiguiéramos aislar los componentes de la tradición “clásica” de la democracia y la tradición “liberal”, veríamos que el protagonismo o monopolización por parte de los partidos de la representación política de los sectores populares, ha sido bastante discutido por la experiencia histórica.

Los datos anteriores resultan consistentes con la forma en que en Brasil y Uruguay, sus públicos relativos, evidencian cercanía a la política y proximidad con los partidos. Los uruguayos son, comparativamente a sus pares de América Latina, quienes en mayor medida se sienten cercanos a los partidos políticos, lo que refleja el protagonismo de los partidos en la construcción de la cultura política uruguaya: mientras el 41% de los uruguayos se sienten próximos, sólo lo hacen el 7% de los brasileros. Pero las diferencias entre izquierda y derecha parecen muy importantes, como muestra el Cuadro 9.

CUADRO 9: PROXIMIDAD A LOS PARTIDOS POLÍTICOS, según autoidentificación ideológica, en la opinión pública brasilera y uruguaya

	Izquierda	Centro-izquierda	Centro	Centro-derecha	Derecha	TOTAL
PROXIMIDAD A LOS PARTIDOS POLITICOS						
URUGUAY						
Muy próximo	35	18	9	26	29	18
Bastante próximo	31	30	18	29	16	23
simplemente simpatizante	21	30	29	25	31	26
No está próximo a ningún partido político	11	21	41	20	22	30
BRASIL						
Muy próximo	4	1	3	1	0	2
Bastante próximo	3	7	5	16	6	5
simplemente simpatizante	24	24	21	18	34	20

No está próximo a ningún partido político	67	68	70	64	58	70
---	----	----	----	----	----	----

Fuente: *Latinobarómetro 1997, Equipos Consultores Asociados*

En Uruguay, la proximidad a los partidos políticos es más fuerte entre la izquierda que en la derecha: mientras el 66% de los uruguayos autoidentificados de izquierda se siente muy próximo o bastante próximo a los partidos, sólo lo hacen el 7 de los brasileros autoidentificados en el mismo espectro. La conclusión más significativa de estos datos es que mientras los electores de izquierda uruguaya evidencian más proximidad a los partidos uruguayos que el resto del sistema político, sus pares brasileros son los que en menor medida se sienten representados: por el contrario, la derecha brasileras es la que mejor expresada parece sentirse por el espectro partidario.

Finalmente, vale la pena mostrar las actitudes frente a la desigualdad en ambos países. El Cuadro 10 muestra que, a pesar de que Uruguay y Brasil se ubican en los extremos de máxima y mínima desigualdad del ingreso en la escala de América Latina, las diferencias en materia de percepciones no son tan importantes a nivel de la opinión pública de ambos países. En ambos países, la abrumadora mayoría cree que la distribución del ingreso es injusta. Probablemente, creencias y percepciones van juntos, y la menor tolerancia a la desigualdad relativa en el caso uruguayo va de la mano con una percepción relativamente extendida sobre su importancia.

CUADRO 10: GRADO DE JUSTICIA EN LA DISTRIBUCION DEL INGRESO, según autoidentificación ideológica, en la opinión pública brasileras y uruguayas

	Izquierda	Centro-izquierda	Centro	Centro-derecha	Derecha	TOTAL
GRADO DE JUSTICIA EN LA DISTRIBUCION DEL INGRESO						
URUGUAY						
Muy justa	4	4	4	4	3	4
Justa	8	14	15	27	22	17
Injusta	45	51	56	47	51	51
Muy injusta	41	29	22	19	17	25
BRASIL						
Muy justa	1	2	3	3	0	2
Justa	5	5	5	5	15	5
Injusta	44	55	53	60	60	53
Muy injusta	49	37	38	28	23	38

Fuente: *Latinobarómetro 1997, Equipos Consultores Asociados*

Más allá de la esperable asimetría entre realidad y actitudes, el eje izquierda-derecha parece

consistente con estas percepciones. La izquierda tiende a percibir la realidad como más injusta que la derecha: ello se vuelve muy evidente, en ambos países, en la forma en que se distribuyen las respuestas “muy injusta” de derecha a izquierda. Sin embargo, la gran diferencia entre el caso uruguayo y el caso brasilero no está dada por la evaluación del espectro de izquierda, equivalente en ambos países, con independencia de las situaciones “reales” evidenciadas en ellos. La diferencia está dada por la derecha: en efecto, la derecha brasilera parece mucho más “sensible” a la desigualdad en el caso brasilero (donde 83% de los encuestados responden “Injusta” o “Muy Injusta”) que en el caso uruguayo (donde sólo lo hace el 68%).

4.2. La cultura política de las élites de izquierda

El indicador de autoidentificación ideológica evidencia una correlación significativa con sector de élite, a nivel de cada país¹⁴. Visiones ideológicas más globales, van de la mano con "posiciones estratégicas": a la derecha se ubican los empresarios y a la izquierda los sindicalistas¹⁵. En ambos países también, el “patrón actitudinal” de la izquierda política y el sindicalismo, en las dimensiones social, política y económica, es equivalente (Moreira, 1997).

Pese a estas coincidencias en “tendencias actitudinales generales”, las diferentes trayectorias del sindicalismo uruguayo y brasilero se reflejan en sus actitudes: el sindicalismo brasilero no sólo evidencia un corrimiento mayor hacia el centro del espectro ideológico, sino que también es menos partidario de una intervención del Estado en la economía, apoya en mayor medida que el uruguayo medidas de reforma económica, y exhibe un apoyo a las jerarquías y una aversión al conflicto muy superiores a la de sus pares uruguayos. Sin embargo, a diferencia del sindicalismo uruguayo, el sindicalismo brasilero tiende a visualizar los conflictos con el empresariado en forma más acentuada y conflictiva, que un sindicalismo uruguayo, mayormente orientado a conflictos con el gobierno. A despecho de estas diferencias, puede afirmarse que, en general, lo que ambos actores sindicales reclaman, es una mayor participación en el proceso de decisiones, coherente con lo que ha sido su estrategia política, y con lo que son sus visiones "normativas" de democracia. Los sindicalistas son asimismo, más "consistentes" democráticamente que el empresariado.

Las actitudes hacia la democracia y hacia las instituciones políticas, concitan adhesiones muy similares entre élites brasileras y uruguayas. La diferencia la constituye el peso que las élites adjudican a los partidos políticos en la construcción de la vida política nacional. Esto, unido a la "proximidad" de la opinión pública uruguaya con los mismos, confirma su centralidad en la construcción de la democracia uruguaya. Los partidos políticos en Brasil son jerarquizados "prescriptivamente" por las élites como "hacedores de política", pero ni las élites consideran que ellos son determinantes de la política nacional

¹⁴ En Uruguay, el % de los autoidentificados de izquierda, a nivel de élites políticas, en el año 1994 era muy similar a Brasil (24.1 y 26.7%), aunque, a diferencia de Brasil, la izquierda se distribuye entre varios partidos, mientras que en Uruguay está enteramente concentrada en el Frente Amplio.

¹⁵ También en este caso hay diferencias entre Brasil y Uruguay: mientras que la casi totalidad del sindicalismo uruguayo se ubica en el extremo izquierdo de la escala, la tercera parte del sindicalismo brasilero se ubica en la “centro-izquierda”. Debe tomarse en cuenta que el segmento de élite sindical en Brasil es una muestra comparativa de la dirigencia de la CUT, la CGT y Forca Sindical (estas dos últimas de tendencia “amarillista”).

(una básicamente construída por instituciones "extrapolíticas", como la televisión) ni la gente confía en ellos. Por el contrario, el sindicalismo goza de gran aceptación entre la opinión pública brasilera, y de una aceptación relativa entre las élites brasileras, en ambos casos superior a la que se evidencia en la opinión pública y las élites uruguayas. La interpretación de estos datos sugiere que, si bien las élites brasileras confían en las instituciones políticas de manera "ideal" (en tanto que instituciones), ellas reconocen que las

instituciones políticas reales que tienen, dejan bastante que desear. Frente a ellas, las organizaciones de la sociedad civil, parecen estar haciendo más en pro de la democracia.

Una de las distinciones más usadas con respecto a izquierda/derecha, es la idea de que la gran distinción, es la causa de la igualdad (Bobbio, 1985). El Cuadro 11 muestra que en efecto, las preferencias en materia de libertad/igualdad, dividen izquierdas y derechas en ambos países.

CUADRO 11: PREFERENCIAS POR LIBERTAD/IGUALDAD, según autoidentificación ideológica en elites brasileras y uruguayas¹⁶

	IZQUIERDA		CENTRO-IZQUIERDA		CENTRO		CENTRO-DERECHA		DERECHA	
	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY
PREFERENCIA P/LIBERTAD	34.3	49.3	56.8	58.6	76.3	80.3	71.4	89.5	85.7	77.8
PREFERENCIA P/IGUALDAD	65.7	50.7	43.2	41.4	23.7	19.7	28.6	10.5	14.3	22.2
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Datos proporcionados por LIMA, M. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo B., en el marco del proyecto, Elites Estrategias e Dilemas do Desenvolvimento (1994) para el caso brasiler. Para el caso uruguayo, en MOREIRA, C. Democracia y Desarrollo en Uruguay (1997).

El cuadro revela que existe una asociación estadísticamente significativa entre las preferencias libertad/igualdad y la autoidentificación ideológica. Las preferencias por la libertad aumentan a la derecha y las preferencias por igualdad, a la izquierda.

En cuanto a la relación entre el eje izquierda/derecha y valores más "básicos" respecto al orden social (apoyo a jerarquías, orientación al conflicto), las correlaciones no son estadísticamente significativas. De cualquier manera, un menor apoyo a las jerarquías y una mayor propensión al conflicto, figuran entre preferencias de la izquierda. Los datos se muestran en los cuadros 12 y 13.

¹⁶ La pregunta rezaba: "Aunque la libertad y la igualdad sean extremadamente importantes, imagine una situación en la que nos vemos forzados a escoger entre una y otra. En este caso hipotético, ¿con cuál de las siguientes afirmaciones se identificaría más?: 1) Forzado a elegir, me quedaría con la libertad personal ya que sólo ella evita las arbitrariedades y brinda a todos la oportunidad de desarrollar sus potencialidades de la forma en que deseen, 2) Forzado a elegir, me quedaría con la igualdad, ya que sólo ella elimina privilegios y asegura que todos los ciudadanos puedan vivir decentemente.

CUADRO 12: APOYO A JERARQUIAS, según autoidentificación ideológica, en elites brasileras y uruguayas¹⁷

	IZQUIERDA		CENTRO-IZQUIERDA		CENTRO		CENTRO-DERECHA		DERECHA		TOTAL	
	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY
ALTA	47.2	4.7	71.1	41.9	80.0	29.4	10.3	24.4	69.0	33.3	68.3	21.1
MEDIA	34.7	93.8	22.7	58.1	17.3	39.0	86.2	75.6	21.4	66.7	23.4	78.4
BAJA	18.1	1.6	6.2	-----	2.7	31.6	3.6	-----	9.6	-----	8.3	0.5
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Datos proporcionados por LIMA, M. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo B., en el marco del proyecto, Elites Estrategias e Dilemas do Desenvolvimento (1994) para el caso brasiler. Para el caso uruguayo, en MOREIRA, C. Democracia y Desarrollo en Uruguay (1997).

Una de las principales diferencias entre Brasil y Uruguay, desde el punto de vista de su cultura política, es la mayor tolerancia a la desigualdad y el apoyo a las jerarquías socialmente construídas. El Cuadro 12 muestra que el apoyo a las jerarquías en el caso brasiler es notoriamente más alto que en el caso uruguayo, y esta diferencia, también alcanza a las izquierdas. No obstante, en ambos países la izquierda evidencia un menor apoyo a las jerarquías que la derecha. Estos resultados parecen ser consistentes con la mayor "sensibilidad" a la igualdad social, patrimonio de la izquierda como "patrón actitudinal", reflejada en: a) una mayor propensión a la "igualdad" entre la izquierda que en la derecha (Cuadro 11), b) una mayor percepción de un orden social "injusto" entre la izquierda que entre la derecha (Cuadro 10). En un contexto donde la desigualdad tiende a reproducirse, junto al privilegio, como parte del "orden natural" de las cosas, la izquierda muestra una menor aversión por los conflictos sociales y políticos manifiestos, entre grupos con intereses contradictorios. Los resultados se muestran en el Cuadro 13.

¹⁷ El índice de "Actitud frente a las jerarquías" fue construído a partir del grado de acuerdo/desacuerdo con las siguientes frases: "La mejor sociedad es aquella en que cada uno sabe su lugar" y "Sin jerarquías bien definidas ningún orden se sustenta". El índice fue sumatorio simple.

CUADRO 13: AVERSIÓN AL CONFLICTO, según autoidentificación ideológica¹⁸

	IZQUIERDA		CENTRO-IZQUIERDA		CENTRO		CENTRO-DERECHA		DERECHA		TOTAL	
	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY
ACTITUD NEGATIVA	21.6	3.0	31.3	6.7	24.0	13.9	41.9	26.3	50.0	14.3	29.4	10.3
POSICION INTERMEDIA	33.8	94.0	45.8	86.7	40.0	81.9	32.6	73.7	33.3	85.7	39.0	86.2
ACTITUD POSITIVA	44.6	3.0	22.9	6.7	36.0	4.2	25.6	-----	16.7	-----	31.6	3.6
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Datos proporcionados por LIMA, M. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo B., en el marco del proyecto, Elites Estrategias e Dilemas do Desenvolvimento (1994) para el caso brasileiro. Para el caso uruguayo, en MOREIRA, C. Democracia y Desarrollo en Uruguay (1997).

Como muestra el Cuadro 13, la aversión al conflicto es alta en ambos países a nivel de las élites. Las élites brasileras muestran una “simpatía” al conflicto superior a la que evidencian las élites uruguayas. La izquierda uruguaya es consistentemente más propensa al conflicto que la derecha, aunque los porcentajes de variación sean mínimos. En el caso brasileiro igualmente, las simpatías al conflicto manifiesto son mucho más pronunciadas en la izquierda del espectro ideológico.

En síntesis, la izquierda parece evidenciar unos valores “básicos” con respecto al orden social, mucho más consistentes con la ideología política “liberal” (aceptación del conflicto, repudio a las jerarquías sociales) que la derecha, a pesar de lo cual, sus preferencias por la igualdad llegan a ser superiores a sus preferencias por la libertad. Esta contradicción de izquierdas y derechas con respecto a los modelos de la democracia liberal clásica, se refuerzan cuando se consideran las preferencias liberales en el orden económicos.

La consistencia de las actitudes de derechas e izquierdas con respecto al rol del Estado en la economía y a la importancia de la regulación pública de áreas y sectores, es altísima. La izquierda manifiesta un estatismo muy alto, de la misma manera que la derecha es “ideológicamente antipática” al Estado. En ambos países, esto tiene una consecuencia clara en términos de actitudes hacia políticas específicas: el Cuadro 14 muestra estos datos.

¹⁸ La variable "Orientación hacia el ajuste económico" se compuso de la importancia adjudicada a las medidas "Desregular la economía", "Privatizar las empresas estatales", "Liberalizar el comercio exterior" y "Eliminar los obstáculos a la inversión extranjera", como iniciativas para la promoción del desarrollo económico. La pregunta fue: "Nos gustaría ahora que Ud. evaluase la contribución de las siguientes iniciativas para la promoción del desarrollo económico en términos de 1. Imprescindible; 2. Importante; 3. Irrelevante; 4. Perjudicial. El índice fue sumatorio simple.

CUADRO 14: ORIENTACION HACIA EL AJUSTE, según Autoidentificación Ideológica, en élites brasileras y uruguayas

	IZQUIERDA		CENTRO-IZQUIERDA		CENTRO		DERECHA		CENTRO-DERECHA	
	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY	BR	UY
FAVORABLE	15.6	----	70.9	50.0	90.8	67.6	92.5	80.0	100.0	55.6
INTERMEDIO	34.4	12.3	29.1	28.6	6.2	28.2	7.5	20.0	-----	33.3
DESFAVORABLE	50.0	87.7	-----	21.4	3.1	4.2	----	-----	-----	11.1
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Datos proporcionados por LIMA, M. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo B., en el marco del proyecto, *Elites Estrategias e Dilemas do Desenvolvimento* (1994) para el caso brasiler. Para el caso uruguayo, en MOREIRA, C. *Democracia y Desarrollo en Uruguay* (1997).

Como muestra el cuadro anterior, las izquierdas uruguayas y brasileras, se manifestaron desfavorables a las medidas de ajuste en ambos países, aunque la izquierda brasiler es menos desfavorable al ajuste que la izquierda uruguaya. Al mismo tiempo, la derecha brasiler es absolutamente consistente en sus preferencias de ajuste mientras que la derecha uruguaya, además de expresar una adhesión más problemática a la reforma económica, encuentra un ala extrema, de adhesión más que relativa, coherente con el padrón antes mencionado.

Finalmente, y en consonancia con lo anteriormente dicho sobre las relaciones entre apoyo a medidas de redistribución e intervención estatal, las izquierdas, en ambos países, manifiestan actitudes más favorables a la redistribución de los recursos, y a una intervención decisiva del Estado en la economía (las derechas, en ambos países, son una con los valores que informan la reforma económica y el ajuste estructural). En ambos países, las actitudes en materia de ajuste y equidad están fuertemente relacionadas: la izquierda, que aboga por una intervención decisiva del Estado, es al mismo tiempo quien más favorable se manifiesta a una redistribución radical del ingreso y la riqueza, y esto va de la mano con una creencia en la “injusticia” básica del orden social, en la aversión al orden jerárquico, y en la “bondad” del conflicto social y político. Los más “liberales”, desde el punto de vista económico, son al mismo tiempo, los más adversos al status quo.

CONCLUSIONES

El PT y el FA representaron y representan una “novedad” en los sistemas políticos uruguayo y brasiler, y una novedad que llegó para quedarse. El proceso de su consolidación, empero, es de largo aliento. Si los golpes de Estado en ambos países, pueden verse como consecuencia, entre otras cosas, de un realineamiento de los partidos en dirección de una política “ideológica”, la dictadura no sólo no evita este proceso, sino que la transición hacia la democracia lo consolida plenamente. Cuando los partidos emergen, en Uruguay, lo hacen en la configuración específica previa en los años inmediatamente anteriores al golpe de Estado: con la izquierda creciendo vertiginosamente. Cuando el sistema se recompone en Brasil, existe ya un nuevo actor sindical, con una expresión política propia: el Partido de los Trabajadores.

En ambos países, las izquierdas son partidos “de masa”, con fuertes vínculos con el movimiento sindical, y con vocación política y gubernativa. Surgieron cuando el impulso de la modernización estaba ya exhausto. En ambos países, son hijas de un sindicalismo con vocación política, que supo trascender el plano de lo meramente reivindicativo. Si la autonomía política y organizativa de la clase trabajadora ha sido la variable clave para la democratización del sistema, la consolidación democrática parece haber exigido que estos intereses tuvieran su expresión política autónoma a través de partidos de izquierda. Estos parecen cumplir una doble función: monitorear la actuación gubernamental de los viejos partidos tradicionales, obligándolos a ser “responsabilizables” (y “punibles”), y permitir una expresión “democrática” de los conflictos de interés, evitando que éstos se manifiesten en forma refractaria al sistema, o en los límites del mismo.

La izquierda en Uruguay pudo convertirse en un partido “de masas”, en el sentido de Duverger, porque ocupó un vacío: supo representar a un electorado cuyas muy estables actitudes políticas dejaron de encontrar su referente en los partidos “históricos”, notoriamente corridos a la derecha. En Brasil, supieron ser la opción “popular” que las tradicionales formas elitistas de hacer política no habían conseguido consolidar. Pudieron, en ambos casos, concitar amplísimas adhesiones, porque trascendieron la prédica comunista y marxista que las sociedades brasileñas y uruguayas no parecían dispuestas a adoptar: es por ello que se hacen fuertes en la postguerra fría, liberadas ya de la “espada de Damocles” de la política externa de la Unión Soviética.

El FA y el PT han impuesto nuevas formas de hacer política a la que los partidos “tradicionales” han debido adaptarse, en su lucha por mantener las adhesiones de sus electorados, otrora “cautivos”. Buena parte de la novedad de estos partidos reside en su capacidad de convocatoria casi hegemónica a los movimientos sociales de la más vasta índole, y de su condición casi indiscutida, de representantes de las “clases populares”. En ambos casos, estos partidos gozan de la enorme credibilidad de no verse comprometidos con el sistema de dominación vigente.

Sin embargo, existen marcadas diferencias entre Brasil y Uruguay y la disímil evolución electoral en ambos casos así lo demuestra. Los datos de opinión pública muestran que en Brasil, a diferencia de Uruguay, no existe una “cultura política de izquierda”: el electorado de izquierda se siente escasamente representado, mientras que la derecha parece ubicarse cómodamente en el espectro partidario que se ofrece. En Uruguay, por el contrario, es el electorado de izquierda quien en mayor medida “encuentra su lugar” en la oferta política a su alcance (el FA). Esto también se relaciona con la escasa institucionalización del sistema de partidos en Brasil. A las dificultades propias de su condición de “izquierda”, en un país tradicionalmente gobernado por la derecha, el PT enfrenta la dificultad que cualquier partido enfrenta en Brasil, para consolidarse como tal: la inexistencia de un sistema político estable, disciplinado y duradero. En un país donde la televisión parece ser la principal fuente de recursos en la construcción de identidades políticas (dado que sólo la “imagen” parece capaz de transitar libremente la inmensa distancia social y geográfica que separa a los electorados de sus líderes), el PT encuentra su adversario más difícil. El dominio de los grandes medios por parte de las élites tradicionales así como los costos financieros y organizativos de las campañas, conspiran en forma radical contra el crecimiento y la credibilidad del PT, sólo sostenido por la estructura de militancia y apoyo de los movimientos sociales que le tendió una red desde el origen. Por el contrario, la limitada

extensión del territorio uruguayo, la altísima tasa de urbanización y la aún importante capacidad de los partidos de

“retención” de su electorado (70%), parecen colaborar a un crecimiento y consolidación de las identidades partidarias de la izquierda.

Las izquierdas, siempre han existido, y siempre existirán, bajo la forma de alternativas anti “status-quo”, cuyo signo es la igualdad, pero sus marcas y señales se dibujarán cada vez con trazos específicos, resultado de las coyunturas históricas, políticas e ideológicas que enfrenten. Esta coyuntura actual, no parece ser una “buena coyuntura” para el crecimiento de las izquierdas. Sus inconfundibles señales hoy son la lucha por los “derechos sociales” y la defensa de las instituciones del Estado frente al mercado. La enorme similitud entre países tan diferentes como Uruguay y Brasil en términos de una “cultura política de las izquierdas” nos muestra hasta qué punto estas banderas hoy se han hecho universales.

Pero, lejos del cuestionamiento radical a los modelos de desarrollo que caracterizaron a las izquierdas en el pasado, el PT y el FA se encuentran hoy en una mera lógica de resistencia a un modelo de desarrollo que parece lesionar fuertemente los derechos sociales adquiridos del pasado (Uruguay) o que se muestra incapaz de superar los problemas de integración social, pobreza y marginalidad ya crónicos en la sociedad más desigual del mundo (Brasil). La legitimidad que ha ido adquiriendo la prédica liberal entre las élites empresariales y políticas domésticas, no parece tener su réplica sin embargo en una población caracterizada por un “antiliberalismo” latente, que se expresa de diversas formas en Brasil y Uruguay. Al mismo tiempo, la forma en que los programas de ajuste estructural y limitación de las potestades del Estado, han sido crecientemente transformados en las “panaceas” del desarrollo así como el “buen ejemplo” de algunos países (como Chile) o la ausencia de alternativas radicales al modelo con posterioridad al “colapso” del “socialismo real”, han obligado a las izquierdas a refugiarse en una suerte de “lógica de la resistencia”. Su débil estructuración institucional, la fragilidad de su asiento en las instituciones políticas como el Parlamento, y su inevitable condición de “tercero excluido”, han ido limitando su capacidad de propuesta política, ésa que ejercen siempre en los límites del sistema: sea bajo variadas formas de “democracia directa”, como en Uruguay, sea como movilización de los excluidos, en Brasil.

Unido a ello, la izquierda enfrenta dos desafíos más, en términos de sus alianzas “históricas”: su alianza con el movimiento sindical, y su alianza con las clases medias. Por un lado, su crecimiento parece depender de su relación con un movimiento sindical, duramente golpeado por los cambios en el mercado de empleo producidos por la combinación de los efectos de las políticas de ajuste, la desindustrialización y el postfordismo. Cómo conseguirá sobrevivir la izquierda en el mundo “post-sindical”, si es que éste sobreviene? Por otro lado, la izquierda ha crecido de la “virtuosa” alianza entre sectores medios y clase obrera. En un proceso desigualador y excluyente, como el que viven nuestros países, los beneficios del crecimiento pueden llegar a recompensar generosamente a segmentos de la clase media con los que la izquierda habrá de aprender a no contar, dada su previsible escasa simpatía con aquéllos sectores radicalizados contra el modelo que los promueve. Pero no todos los riesgos de sobrevivencia de la izquierda se plantearán en su condición de partido “opositor”: algunos riesgos de la izquierda vendrán de su propia vocación de gobierno. El riesgo inherente a la condición de partido que busca situarse como alternativa de gobierno nacional, no es nuevo para la izquierda. En su ejemplar trabajo (Intereses y Partidos en el Pluralismo), Pizzorno había anticipado, de cara a la experiencia

europea (y la experiencias de las izquierdas francesas y españolas lo muestra con claridad) que la necesidad de respaldar las reglas de la competencia política, de concitar el apoyo del empresariado, y de transformarse en “creíbles” en plena revolución conservadora, ha obligado y obligarán a las izquierdas a torsiones ideológicas poco soportables para unas bases que difícilmente entiendan la necesidad de tales movimientos. En nuestros países, no será diferente: las encuestas permanentes de opinión pública nos muestran que, en ambos casos, los electorados de izquierda son fuertemente refractarios y desconfiados de la política.

INDICE DE CONTENIDOS

Introducción

1. Democracia y desarrollo en Uruguay y Brasil: una comparación entre dos patrones e desarrollo institucional
2. Las trayectorias históricas y el desarrollo político de los partidos de izquierda en Uruguay y Brasil
3. Las izquierdas postransicionales y su evolución electoral en la última década
4. Cultura política de las izquierdas brasilera y uruguaya en la década de los 90s: una comparación entre élites y opinión pública

Conclusiones

INDICE DE CUADROS

CUADRO 1: DESEMPEÑO PARTIDARIO EN BRASIL Y URUGUAY

CUADRO 2: VOTOS DEL PT EN ELECCIONES LEGISLATIVAS

CUADRO 3: VOTOS DEL FA EN ELECCIONES LEGISLATIVAS

CUADRO 4: COMPOSICIÓN DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS EN BRASIL

CUADRO 5: COMPOSICIÓN DE LA CÁMARA DE SENADORES EN URUGUAY

CUADRO 6 : COMPOSICIÓN REGIONAL DEL VOTO AL PT EN BRASIL

CUADRO 7 : COMPOSICIÓN REGIONAL DEL VOTO AL FA EN URUGUAY (1994)

CUADRO 8: RELACIÓN ENTRE DEMOCRACIA Y PARTIDOS, según autoidentificación ideológica, en la opinión pública brasilera y uruguaya

CUADRO 9: PROXIMIDAD A LOS PARTIDOS POLÍTICOS, según autoidentificación ideológica, en la opinión pública brasilera y uruguaya

CUADRO 10: GRADO DE JUSTICIA EN LA DISTRIBUCION DEL INGRESO, según autoidentificación ideológica, en la opinión pública brasilera y uruguaya

CUADRO 11: PREFERENCIAS POR LIBERTAD/IGUALDAD, según autoidentificación ideológica en elites brasileras y uruguayas

CUADRO 12: APOYO A JERARQUIAS, según autoidentificación ideológica, en elites brasileras y uruguayas

CUADRO 13: AVERSIÓN AL CONFLICTO, según autoidentificación ideológica, en las élites brasileras y uruguayas

CUADRO 14: ORIENTACION HACIA EL AJUSTE, según Autoidentificación Ideologica, en elites brasileras y uruguayas

BIBLIOGRAFIA

- AGUIAR, César (1998), "La política en una sociedad sin clases", en El Fin de Siglo y la Política en Argentina y Uruguay, Mallo, S.; Paternain, R.; Serna, M. (comp.)
- BOBBIO, Norberto: (1985), Derecha e Izquierda: Razones y significados de una distinción política, Madrid, Ed. Taurus.
- BUQUET, D.; CHASQUETTI, D.; MORAES, J.A (1998): Fragmentación política y gobierno en el Uruguay, Instituto de Ciencia Política, Ed. Facultad de Ciencias Sociales; Montevideo (en prensa)
- CARDOSO, Fernando Henrique: (1972), O Modelo Político Brasileiro e Outros Enasios, Sao Paulo, Ed. Difel. LAFER, Celso: (1975), O Sistema Político Brasileiro. Sao Paulo. Perspectiva.
- CHAUI, Marilena (1986): "PT leve e suave?", en E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, Sao Paulo, 1986
- COLLIER, R.B.& COLLIER, D.: (1991), Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America, Princeton: Princeton University Press.
- COSTA, Silvio (1995) - Tendências e Centrais Sindicais: o Movimento Sindical Brasileiro de 1978 a 1994, Sao Paulo: Editora Anita Garibaldi; Goiania: da Universidade Católica de Goiás.
- COSTA, Silvio: (1995) Tendências e Centrais Sindicais: o movimento sindical brasileiro 1978-1994. Goiânia: Ed Anita Garibaldi/Universidade Católica de Goiás.
- DINIZ, Eli e BOSCHI, Renato R.: (1989), "A Consolidacao Deocrático no Brasil: Atores Políticos, Processos Sociais e Intermediacao de Interesses, en Modernizacao e Consolidacao Democrática no Brasil: Dilemas de la nueva república, Sao Paulo, Vértice.
- DIRCEU, José (1986) "Os desafios do PT", en E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, Sao Paulo.
- DOS SANTOS, Wanderley Guilherme: (1988). "Genese e Apocalipse: Elementos para uma Teoria da Crise Institucional Brasileira" in Novos Estudos CEBRAP, no.20.
- DOS SANTOS, Wanderley Guilherme: (1988). "Genese e Apocalipse: Elementos para uma Teoria da Crise Institucional Brasileira" in Novos Estudos CEBRAP, no.20.
- ERRANDONEA, Alfredo (1994) El sistema político uruguayo: análisis de 78 años del sistema político uruguayo, Ed. La República, Montevideo.
- ESPING-ANDERSEN, G.: (1985), Politics Against Markets, Princeton, Princeton University Press.
- GADOTTI, Moacir (1989): Pra que PT: Origem, Projeto e Consolidacao do Partido dos Trabalhadores, Sao Paulo: Cortez, 1989
- GENOINO, José (1986) "A alternativa do PT" E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, Sao Paulo, 1986
- GILLESPIE, Charles Guy: (1991), Politicians and Generals in Uruguay, Cambridge, Cambridge University Press.
- GONZALEZ, L.E. (1995) "Continuity and Change in the Uruguayan Party System", en Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America, Ed. by Scott Mainwaring & Timothy Scully, Stanford University Press, Stanford California, 1995
- GUSHIKEN, Luis (1986): "Os desafios do movimento sindical" E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, Sao

Paulo,

KECK, Margaret: (1991) PT A Lógica da Diferença- o Partido dos Trabalhadores na construção da democracia brasileira. Rio de Janeiro, Ed Ática.

LAVAREDA, Antonio: (1991), A democracia nas urnas: O Processo Partidário Eleitoral Brasileiro, Rio de Janeiro, Ed. Rio Fundo.

LIMA, M. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo B.: (1994), Elites Estratégias e Dilemas do Desenvolvimento, Rio de Janeiro, IUPERJ.

LIMA, M. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo B.: (1995), "Democracia e Reforma Económica: A Visão das Elites Brasileiras, en Dados, Vol. 38, no.1.

LIMA, Ma. Regina Soares de & CHEIBUB, Zairo Borges: (1996), "Instituições e valores: As dimensões da democracia na visão da elite brasileira", en Revista Brasileira de Ciências Sociais, No. 31, ano 11.

MAINWARING, Scott & SCULLY, Timothy (1995) Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America, Stanford University Press, Stanford California, 1995

MAINWARING, Scott e SCULLY, Timothy: (1994). "A Institucionalização dos Sistemas Partidários na América Latina", en Dados, Vol. 37, Nº 1.

MENEGUELLO, Rafael (1989): PT: a formação de um partido (1979-1982), Ed. Paz e Terra, São Paulo

MIERES, Pablo (1998) "Elecciones 1994: una nueva fase de la transformación electoral del Uruguay", en Revista Uruguaya de Ciencia Política, No. 9, Instituto de Ciencia Política, Universidad de la República, Montevideo.

MOISES, José Alvaro Moisés (1986), "Partido de Massas: Democrático y Socialista" E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, São Paulo.

MOREIRA, Constanza, Democracia, Cultura Política y Desarrollo: una comparación entre Uruguay y Brasil, Tesis de Doctorado, Instituto Universitario de Pesquisas de Rio de Janeiro (IUPERJ), Brasil, 1997

O'DONNELL, Guillermo: (1992), "Delegative Democracy", in Journal of Democracy, Vol. 5, Nº 1, January 1994, Working Paper 172, Kellogg Institute, March.

PLINIO, de Arruda Sampaio (1986): "O PT na encruzilhada", en E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, São Paulo.

RAMA, Germán: (1995), La democracia uruguaya, Montevideo, Ed. Arca.

RODRIGUES, Leoncio Martins: (1966), Conflicto Industrial e Sindicalismo no Brasil, São Paulo: Difusão Europeia do livro.

RUESCHEMEYER, Dietrich, STEPHENS, E.H. & STEPHENS, John D.: (1992), Capitalist Development and Democracy, Chicago, University of Chicago Press.

SADER, Emir (1986): E agora PT? Carácter e Identidade, Ed. Brasiliense, São Paulo, 1986

SADER, Emir (1995): O Anjo Torto: Esquerda (e Direita) no Brasil, Ed. Brasiliense

SCHWARTZMAN, Simon: (1982), Bases do Autoritarismo Brasileiro, Rio de Janeiro, Ed. Campus Ltda.

SERNA, Miguel (1998): La construcción de la legitimidad política en el disenso: la emergencia de nuevos actores políticos en las transiciones democráticas. Argentina, Brasil y Uruguay en perspectiva comparada, paper presentado al XIV Congreso Mundial de Sociología, Montreal, agosto de 1998

SOLARI, Aldo: (1991), Partidos Políticos y Sistema Electoral, Montevideo, Ed. Fundación de Cultura Universitaria.

WEFFORT, Francisco: (1978), O populismo na política brasileira, Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra